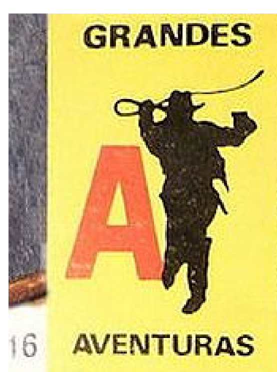


16



SEPTIMO HIJO DE HIJO SEPTIMO

En este episodio Indiana James vivirá la noche del mal, cuando el cometa Halley desencaderá el mal en la tierra durante 777 años. Se colgará en un helicóptero perseguido por un esqueleto y luchará contra el hijo de su mejor amigo.



Indiana James

Séptimo hijo de hijo séptimo

Bolsilibros - Indiana James - 16

ePub r1.0
LDS 26.04.18

Título original: *Séptimo hijo de hijo séptimo*
Indiana James, 1986
Cubierta: Almazan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



GRANDES



AVENTURAS

CAPÍTULO PRIMERO

Estaba yo nadando en algún lugar del Atlántico, entre el paralelo 50 y el 60, completamente vestido y en medio de una tempestad terrorífica que levantaba olas de más de diez metros. Espectáculo impresionante, estremecedor. Alguna vez, lo había vivido viajando en barco, pero no es lo mismo, juro que no es lo mismo, verlo desde el mar.

Las olas juegan contigo como si fueras una pelota. Te lanzan hacia el cielo, y entonces te ves como en la cumbre de la montaña más alta, al borde de un precipicio inconsistente, del que seguro que te vas a caer, y te viene ese vértigo como de montañas rusas, y caes a plomo al fondo de un valle verde y espumoso.

Seguramente me encontraba en plena corriente noratlántica, que me arrastraba hacia el Polo Norte, porque el agua cada vez estaba menos salada y más helada. Yo estaba completamente mareado, agarrotado, mis manos y mis pies estaban insensibilizados por el frío, y he de confesar que no sabía qué hacer.

Además, llovía de forma torrencial.

Pero, una vez más, *Lady* Suerte vino en mi ayuda.

Es verdad que muchas veces yo me busco los problemas, me labro mi destino metiéndome voluntariamente en conflictos extraordinarios, o frecuentando malas compañías, o aceptando trabajos no demasiado limpios. Pero también es Cierto que en muchas otras ocasiones son los conflictos, las malas compañías y los trabajos sucios quienes salen a mi encuentro. No los elijo yo. Vienen ellos como si yo los llamara.

Bueno, he de aceptar que aquella vez los llamé. Pero era porque yo no sabía que aquel barco iba cargado de conflictos y malas compañías…

Está bien: reconozco que lo hubiera llamado igual aunque hubiera sabido que estaba lleno de alacranes gigantes.

Era un barco, diablos, un destello de esperanza, una cáscara de nuez que flotaba en medio del temporal, y yo era un desgraciado náufrago a punto de ahogarme. Así que, prescindiendo absolutamente de toda precaución y dignidad, empecé a gritar tan fuerte como supe:

—Eh, los del barco, socorro, ayuda, échenme un cabo, auxilio, por favor, eh, socorro, los del barco…

Pero no me oían. Qué me iban a oír. El estruendo del mar embravecido, el estampido de los truenos y el tamborileo de la lluvia, sumados supongo al ruido de los motores del propio barco, ocultaban mi voz por completo.

Traté de nadar desesperadamente, pero las olas no dejaban de jugar conmigo, lanzándome ahora a un lado, ahora al otro, desviando mi trayectoria, hundiéndome y lanzándome al cielo. De pronto me encontraba buceando, en el instante siguiente braceaba en el aire, fuera del agua, y cuando menos me lo esperaba iba justo en dirección contraria al barco de las narices.

Y el barco tan pronto estaba encaramado en lo alto de una ola, diez metros por encima de mi cabeza, como en el fondo de una sima acuática, diez metros por debajo de mí.

Suerte tuve de todo eso.

Suerte tuve de que las olas jugaran al tenis conmigo, y suerte tuve de que, en el momento preciso, el barco estuviera allí abajo.

La ola que me tenía para su solaz cayó como Un alud sobre la nave, y barrió la cubierta, y yo me encontré topando contra algo sólido, ¡dioses!, qué bendición representa darse un fuerte trompazo contra algo sólido después de estar tantas horas en contacto con un elemento exclusivamente líquido. Me agarré a un hierro, no sé si era una barandilla, una antena, lo que fuera, y de allí no hubieran conseguido soltarme ni con ayuda de un soplete.

Se retiró la ola y, por un momento, vi que toda la cubierta era para mí, imaginé que la gente pasearía por ella en los días de sol, y que los marineros silbarían mientras la fregaban. Había luz en el puente de mando. Y también me imaginé que allí dentro habría calefacción y que hombres y mujeres elegantísimos estarían hablando de sus josas permitiéndose el lujo de ignorar la tempestad

de fuera.

Me levanté, haciendo un gran esfuerzo y, apuntalándome ahora en esto y ahora en aquello, resbalando, cayendo, volviendo a levantarme, arrastrándome, reptando, cubierto por el oleaje cuando éste tapaba al barco y gritando de terror cuando los bandazos parecían querer desprenderme de mis agarraderos, llegué hasta el lejano puente de mando. No es la primera vez que hago algo semejante (recuerdo concretamente una famosa noche en el mar Arábigo),[1] pero he de confesar que no es una experiencia placentera ni recomendable.

Llamé antes de entrar.

Dentro, hacía calorcito y había un hombre elegante hablando con una mujer maravillosa. El hombre, de bigotito recortado, delgado y pálido, fumaba en pipa y se volvió lentamente para mirarme.

—¿Qué hace aquí? He dado orden de que no deambulen por cubierta durante el temporal. Es peligroso…

—No soy de la tripulación —balbucí—. Soy un náufrago. He caído sin querer…

—¿Un náufrago? —dijo la mujer maravillosa.

—Indiana James —dije—, para servirle…

Y alargué mi mano tratando de estrechar la de cualquiera de aquellas dos personas, pero mi brazo descompensó el equilibrio y me balanceé, o quizá se balanceó el barco, y caí de bruces.

Abrí los ojos, y yo creí que era inmediatamente, después de un ligero mareo, pero me encontré tumbado en una cama, y el barco no se balanceaba, y por un ojo de buey entraba el sol a raudales, y la mujer maravillosa me notificó que llevaba tres días delirando.

Me fijé bien en ella y estuve a punto de desmayarme de nuevo. Era tan hermosa que producía vértigo. Una belleza de ésas que se mitifican, que te hacen creer en un Partenón de diosas seductoras y subyugantes. Llevaba vestido de cóctel y un estetoscopio colgando del cuello.

—¿Es usted médico? —pregunté.

—Doctora en medicina, biología, geología, física, química, arquitectura y leyes. Y sé cocinar muy bien.

—No me lo creo.

—Pruebe —sonrió ella, haciendo que yo me enamorara todavía

más.

—¿Qué se entiende por «capacidad de un condensador»? —Probé.

—Es el cociente entre el valor absoluto de la carga eléctrica de una de las armaduras del condensador y la diferencia de potencial existente entre ambas.

—¿Y por «capacidad jurídica»? —Probé otra vez, francamente impresionado.

—Es la aptitud legal para ser titular de derechos y obligaciones, y la ostenta toda persona, incluso el concebido y no nacido.

—¿Y por «capacidad generativa»? —insistí, molesto.

—Ahí sí que me ha pillado —confesó ella—, porque de gramática no tengo la menor idea. No obstante, aventuraría que se trata del conjunto de oraciones producidas por la aplicación de unas determinadas reglas gramaticales. ¿Es eso?

—No tengo ni idea —confesé—. Aquí la sabia es usted.

Ella se echó a reír, y su risa era como la representación de toda la alegría y el buen humor del mundo.

—Me llamo Florence Mary McCormick —dijo, sentándose en el borde de la cama—, pero todos me llaman Flossie. Soy extravagante y riquísima. Me he pasado más de la mitad de mi vida estudiando y ahora he decidido vivir, lanzarme a la aventura, ponerme a prueba. Pero ya hemos hablado bastante de mí. Ahora hablemos de usted. Me pareció oírle decir que se llamaba Indiana… ¿No será…?

—No. Mi apellido es James. Yo soy otro distinto. Y no entiendo por qué todo el mundo me confunde con el otro. Por lo que sé, ese mastuerzo sólo ha vivido un par de anécdotas dignas de ser contadas. Yo, en cambio, ya voy por el tomo dieciséis de mis memorias.

—¿Pero usted también es aventurero?

—Sí… —A cualquier otra persona, le hubiera matizado el concepto, pero con tal de deslumbrar a aquella venus, era capaz de cualquier bajeza.

—¿Y en qué aventura está ahora? ¡Lléveme con usted!

—Bueno, en realidad, diría que estoy descansando…

—¡No me lo puedo creer! —protestó—. Los aventureros nunca descansan…

—Oh, sí, sí, por suerte. Piensa que acabo de luchar contra un

nuevo rey Arturo y Merlín, y su reino de Camelot… Hace poco, me nombraron caballero y decliné el honor…[2]

—Pero eso es agua pasada —despreció ella—. Quiero saber en qué estás ahora… ¿En qué estás? Y quiero ir contigo…

Había tanto interés, tanto fervor, tanta entrega en sus ojos, que respondí casi sin darme cuenta de lo que decía:

—Es un secreto… Y… No sé si puedo llevarte conmigo. Se trata de algo muy peligroso…

—¡No importa!

—Pero tú estás embarcada en esta aventura…

—Oh, ya estoy harta de esta bobada. Decidí organizar esta expedición para ir a estudiar ballenas al Polo, pero ya la estoy encontrando rematadamente aburrida. Todo eso de los viajes románticos, a finales del siglo XX, ha perdido su encanto. Con tantas comodidades, ya no es lo que era. ¡Llévame contigo!

Yo pensaba: «Tengo que encontrar una aventura como sea».

Y le dije:

—Me lo pensaré. Ahora, si me lo permites, me levantaré, me vestiré y me mezclaré con la tripulación.

Pensaba: «Entre los marinos que haya por aquí, seguramente encontraré algo interesante. Y, si no lo encuentro, me lo fabrico».

—Tú no llegaste al *Craenhals* por casualidad, ¿verdad?

—¿Adónde?

—Al *Craenhals*.

—¿Qué es el *Craenhals*?

—Este barco. No llegaste por casualidad, ¿verdad?

—Ah, no. En absoluto. Hacía tiempo que quería navegar en el *Craenhals*…

Por eso, renuncié a los camarotes de primera clase y bajé adonde se apiñaba la tripulación. Mi experiencia me decía que entre los marineros era fácil encontrar jarana. Ya he hablado de mi experiencia en un petrolero *La Ballena Negra*,[3] y en aquel momento recordaba el tiroteo que formamos en un ballenero llamado *Shalla La* que se dedicaba al contrabando de armas.[4]Con un poco de suerte, aquel carguero preparado con fines científicos estaría cargado de sabios locos decididos a hacerse los dueños del mundo.

No encontré nada de eso. Todos los que viajaban en aquel

cacharro parecían tranquilos padres de familia haciendo una excursión dominguera.

Sólo uno llamó mi atención. Un gallego llamado Andrés Carballeira. Claro que no era un sabio y sí era, en cambio, perfectamente inofensivo. Pero, al menos, estaba loco, y menos es nada.

CAPÍTULO II

Andrés Carballeira era un palizas insoportable. Todavía no sé por qué me empeñé en salvarle la vida.

Tuve noticia de él dos días antes de que llegáramos a Islandia. Era un hombre pequeño, delgado, mal afeitado, que se puso a gritar como histérico a primera hora de la mañana. Llevaba una bolsita, una especie de trapo en la mano.

—¿Quién ha puesto este amuleto debajo de mi almohada? —hablaba un idioma inventado por él mismo y que amalgamaba palabras gallegas, castellanas e inglesas—. ¿Quién es el hijo de perra que me ha metido este amuleto? ¡Yo no soy brujo, ¿entendéis?! ¡No soy brujo! ¡Soy una persona normal! ¡Dios Nuestro Señor me protegió de los Señores del Mal, y por eso no soy brujo, no bendigo amuletos, no tengo ningún poder! —Y aullaba todavía más, poniéndonos los pelos de punta—. ¿Quién ha sido el hijo de perra que me ha metido el amuleto debajo de la almohada…?

—Yo, Andy… —le dijo un irlandés grandote y ruborizado—. Era sólo una prueba, Andy. Por si acaso. Si sale bien, de acuerdo, y si sale mal, no importa. Pero los hombres como tú tenéis poderes, Andy…

—¿Los hombres como yo? —Se puso frenético el gallego—. ¿Qué quieres decir con eso, piojoso irlandés?

La verdad es que no sé cómo se entendían, porque hablaban los dos dialectos muy difíciles de captar.

—¡Quiero decir que eres un maldito brujo! ¡Y no me llames piojoso irlandés!

—¡Si tú me llamas brujo, yo te llamaré piojoso irlandés!

El irlandés lanzó el puño atrás, como para pegarle. Si lo hubiera hecho, imagino que el cuerpecillo de Andy Carballeira se hubiera

partido en mil pedazos, como un muñeco de porcelana. Afortunadamente, interviene. Después de todo, yo estaba allí para buscar jaleo, y hubiese sido absurdo desperdiciar la posibilidad de una pelea.

—¡Un momento! ¿Por qué no pruebas tu fuerza conmigo, abusón?

No había que decirle nada para que probara su fuerzo con el lucero del alba. Iba lanzado como una locomotora sin frenos y le daba igual partirle la cara a uno que a otro, con tal de desahogar su frustración. Disparó el puño, paré el golpe y le doblé, ¡BUMP!, de un derechazo al estómago, y le envié a aplastar una litera de hierro de otro derechazo a los morros. Yo comprendía perfectamente a qué se debía su malhumor. Como toda persona supersticiosa…

Se me venía encima. Me agaché haciendo que su pecho topara contra mi espalda y le arranqué una tos hueca y cavernosa, y le clavé el codo dos veces en los genitales, una vez en el estómago y otra vez en la frente, derribándole de nuevo.

… Como toda persona supersticiosa (decía), se enfurecía si los demás se enteraban de su debilidad, y tenía que odiar al *galleguiño* que, por un lado le negaba su ayuda como brujo generador de amuletos, y por otro lado lo delataba delante de todos sus compañeros.

El irlandés me embestía con la cabeza gacha. Si me hubiera apartado, se podría haber dado un cabezazo contra la pared. Yo tampoco quería hacerle tanto daño. Así que bloqueé su cabeza como bloquea el balón un portero de fútbol y, agarrándole de los pelos, le golpeé con la rodilla en la cara tres o cuatro veces, lo enderecé de un gancho ensordecedor, y lo derribé de un mazazo dado con las dos manos juntas.

Cayó el irlandés y entró el capitán (aquel tipo del bigotito recortado y tez pálida).

—¡Basta ya! —gritó, como era de esperar—. ¿Qué demonios significa esto? ¡Van a responder de los destrozos! ¡A ver, usted, el náufrago, ¿cómo se llama?!

Era un científico que no iba al cine ni leía novelas de aventuras. Sólo así se explica que hubiera olvidado mi nombre. Pero no llegó a saberlo nunca, porque cuando se lo iba a recordar intervino mi hada madrina y me salvó.

—Déjelo, capitán. Ha de comprenderle… El *shock* producido por el naufragio… —Flossie McCormick había bajado a la bodega y me guiñó un ojo disimuladamente. Con aquel guiño quería decir: «Ya entiendo que estás metido en tu aventura, y que las peleas forman parte de ella, espero que me dejes un hueco para que me implique yo también». Así de expresiva era su mirada.

El hecho de haber vencido al irlandés, y de haber sido el destinatario de aquel guiño disimulado que todos habían visto me ganó las simpatías de la tripulación. Y, sobre todo y desgraciadamente, del gallego Andy Carballeira. Y digo desgraciadamente porque sus larguísimas e incoherentes explicaciones que me dedicaba en su mezcolanza lingüística eran muy parecidas a un maldito tercer grado de la policía. La verdad es que yo no le prestaba demasiada atención.

Decía que él sabía muchas cosas, que mucha gente lo quería matar, que mucha gente pagaría mucho dinero por saber dónde estaba él escondido. Porque él era pescador y, si viajaba en el mercante *Craenhals* era para esconderse de «*Ellos*»…

—*¿Ellos?* —preguntaba yo.

—*Ellos*— respondía él, en un susurro, poniéndose muy misterioso. —Los Señores del Mal… Ellos descubrieron que yo era séptimo hijo de hijo séptimo, y que había nacido el día de Navidad… Los séptimos hijos de hijo séptimo, *Míster*, y más si nacimos en Navidad, tenemos poderes, somos brujos… Unos se convierten en lobisones, otros en vampiros, todos tenemos la capacidad de convertirnos en animales…— Y se corregía. —¡Pero yo no! Porque yo pasé aquí la última luna llena y no me convertí en nada, ¿verdad, tú…?

Hacía partícipes a todos de sus discursos y yo pensaba que no era un comportamiento razonable para un tipo tan perseguido como decía ser él. Pero me daba lástima el hombre, y la verdad es que no tenía nada más parecido a la aventura que él, de forma que le daba conversación y se lo presenté a Flossie McCormick, con ánimo de deslumbrarla.

Ella sí pareció tomarse muy serio al gallego. Se interesó por aquella manía suya y trató de recomponerla preguntándole quiénes eran «Los Señores del Mal», y dónde estaban, y dónde se escondían y qué pretendían. Yo sonreía y me mantenía apartado, escéptico

porque en una ocasión tuve acceso al secreto de los vampiros y los hombres-lobos[5] y sabía que la respuesta a todo aquello no la tenía aquel hombre, y en cambio había desvelado muchísimos fraudes parecidos a lo que narraba él. Sin embargo, la atención que Flossie McCormick le dedicaba dio lugar a que el gallego le mostrara lo que él llamaba sus documentos secretos.

—Yo tengo mi árbol y sus papeles —decía—, y mientras tenga eso, no me podrán hacer daño. Porque ellos me embrujaron y me metieron en la electricidad, pero yo me escapé y me llevé mi árbol y sus papeles…

—¿Que te metieron en la electricidad? —preguntaba Flossie, intrigada.

La explicación de todo estaba en los papeles que nos mostró, sucios y estropeados y arrugados, como si los hubiera agarrado de un puñado, precipitadamente. Iban metidos en un sobre que se caía a trozos y cuyo membrete decía «*Sovak Privatklinik*». Flossie lo reconoció enseguida:

—Sí… Se trata de una clínica privada para enfermos mentales austríaca. Está muy alta, en los Nieder Tauem, cerca del Hochgolling, ese pico de casi tres mil metros…

El «*árbol*» era una fotocopia de un documento extendido por el prestigioso Colegio de Armas de Victoria Street, avalado por el *General Armory*
Burke's
y firmado por Griffon
d'Or
en persona. Era el árbol genealógico de la familia Carballeira desde 1676. Un frondoso árbol, una de cuyas ramas más altas llevaba el nombre de Andrés Carballeira Corvejón y que demostraba claramente que era el séptimo hijo de un hijo séptimo. Otros papeles de los recogidos eran recetarios a nombre de «*Bruno Sovak, psiquiatra*» y demás cosas sin importancia.

—Es *asombroso, ¿no* te parece, Indiana? —exclamó Flossie, en un aparte.

—No tan asombroso, Flossie. Ese hombre está loco y ha estado internado en una clínica mental donde lo trataban con electro-*shocks*. Por eso dice que le metían en la electricidad…

—Vamos, Indiana, no disimules más delante de mí… —protestó

ella—. ¿Te crees que soy ciega? Andy Carballeira no es ningún millonario. ¿Cómo se explica, pues, que haya estado en una de las más costosas clínicas privadas de Europa? ¿Y cómo te explicas que tenga un árbol genealógico extendido por el más importante Colegio de Genealogía y Heráldica de Europa? Vamos, Indy… Confiesa. Reconoce que estás tratando de averiguar qué hay de raro detrás de este hombrecillo…

—Está bien —mentí—. Lo reconozco.

Y la verdad es que Flossie no dejaba de tener razón. Todo aquello empezaba a resultar inquietante, misterioso. Y, sin querer, me vi protegiendo la vida de aquel pelmazo llamado Andrés Carballeira.

CAPÍTULO III

En Islandia hace mucho frío, y en Reijkiavik, se conoce que como es la capital hace más todavía. El ejército del país se compone de ciento veinte personas: con eso está dicho todo. Hace demasiado frío para pelearse. Hace tanto frío (y perdonen mi insistencia, pero es que hacía *muchísimo*) que es un delito no recoger por la calle a un peatón que haga señas. Las calles tienen calefacción subterránea, pese a lo cual hay ciudadanos que mueren congelados, sobre todo en este mes de febrero, en que era de noche. No olvidemos que, en Islandia, la noche dura seis meses. A lo largo de este tiempo, al mediodía el sol es un resplandor tímido en el horizonte, apenas un intento, una insinuación que no puede vencer a las tinieblas, y desaparece de nuevo hasta la próxima intentona del día siguiente.

En estas condiciones, se comprenderá que los pasajeros y tripulantes del *Craenhals* nos trasladáramos directamente desde nuestra nave hasta un gran aparthotel de reciente construcción, que era como una ciudad subterránea, de ciencia-ficción.

Un servicio de veinte ascensores te llevaba continuamente a las diferentes plantas del formidable edificio, y en una de ellas encontrabas las galerías comerciales, con todo tipo de tiendas; en otras, los apartamentos que se podían contratar por unos pocos cientos de dólares al día; en las más inferiores, los dormitorios comunitarios… Las saunas, gimnasios y piscinas de agua caliente estaban en el piso superior, desde donde se divisaba una maravillosa vista de la ciudad, de su puerto y de las lejanas tierras volcánicas recubiertas ahora por la nieve. Arriba, al aire libre, había piscinas también para el verano, porque los islandeses tienen un sistema muy complicado de bañarse al aire libre, que ya les contaré otro día.

Flossie McCormick decidió unilateralmente que ella y yo teníamos que apadrinar y proteger al gallego, de forma que lo llevamos con nosotros; y unilateralmente también nos animó a visitar los niveles más bajos del coloso subterráneo, aquellos de los dormitorios comunitarios y los apartamentos/tabernas donde se servía alcohol de forma clandestina.

Garitos inevitables, reducto de los peores personajes procedentes de los peores barcos del mundo conocido. (No nos engañemos: la gente que llega a Islandia en pleno mes de febrero no lo hace por gusto). Unos llegan, como yo, porque no les quedaba más remedio. Otros llegan, como Andy Carballeira, huyendo de algo. Y otros llegan, como Flossie McCormick, porque qué sé yo. Y eso produce un «ambientillo» que da gusto de saborear.

Borracheras a mansalva, timbas de miles de dólares, droga, compra/venta de armas…

El telegrafista del *Craenhals* estaba sentado a la mesa de juego, dentro de un apartamento más pequeño que un armario de mi casa de New York, y estaba apostando mil dólares a una pareja de damas cuando pasamos nosotros, en busca de una cantina decente.

—¡Qué emocionante! —murmuraba Flossie McCormick, de vez en cuando. Su voz se abría paso entre las interminables explicaciones de Andy Carballeira, que seguía empeñándose en convencernos de que no era brujo, a pesar de todo el empeño que habían puesto en ello Dios y sus progenitores, al hacerle nacer en Navidad, y los Señores del Mal al meterle en la electricidad.

Y, de pronto, una moto enfiló aquel pasillo subterráneo con un estruendo ensordecedor, y montados en ella iban dos enmascarados. El de atrás llevaba una metralleta.

Tuve una intuición. Dije:

—¡Cuidado!

Empujé a Flossie y a Andy al interior de uno de los apartamentos-garito, caímos sobre la mesa cargada de naipes y dinero, y al mismo tiempo una rociada de balas
dum-dum
destrozó las paredes y las cabezas de dos jugadores.

Automáticamente, todos los demás jugadores sacaron sus pistolas y salieron al pasillo a disparar contra los de la moto.

Al mismo tiempo, irrumpieron en el apartamento donde

estábamos dos señoras todo-terreno, de unos cincuenta años, que parecieron especialmente ilusionadas al ver a Andy Carballeira.

—¡Es él! ¡El Santito! ¡Andy Carballeira, Nuestro Patrón!

Saltaron sobre él. Andy chilló y trató de alejarse. Flossie trató de agarrarlo. Las mujeres todo-terreno agarraron a Flossie. Uno de los facinerosos que habían salido al pasillo a tirar al blanco volvió al interior, me encañonó y me dijo:

—¿A qué viene esto?

Y disparó sin esperar respuesta. Desvié su mano justo a tiempo. El tiro destrozó el techo. Yo le destrocé la mandíbula al fulano mientras Flossie McCormick se liaba a puñetazos con las cincuentonas todo-terreno y mientras Andy Carballeira (chillando que él no era brujo) corría al encuentro de los motoristas.

Los motoristas volvían a las andadas, después de liquidar a un par de jugadores recalcitrantes y de descorazonar a los demás. La moto tronaba de nuevo…

Alguien le puso la zancadilla a Andy, que se dejó tres dientes en el cemento del suelo.

Las balas de ametralladora destrozaron nuevamente las paredes.

La persona que había derribado al gallego empezó a disparar. Desapareció la cabeza del motorista entre un surtidor de sangre, derrapó la moto, el que iba detrás con la metralleta movió mucho los brazos como saludando y se dio la gran costalada.

Entretanto, Flossie seguía pegándose con las señoras todo-terreno. Y yo salí disparado.

Disparando me recibió el salvador de Andy, un gordito dentón y leporino al que identifiqué enseguida con el famoso Conejo de Lewis Carroll. El disparó, yo me tiré al suelo, sonaban los silbatos de la policía, chillidos por doquier, el Conejo manejaba a Carballeira como si éste fuera un pelele, lo metió en un ascensor, desapareció con él al mismo tiempo que venía corriendo el motorista de la ametralladora, y tropezaba conmigo, y caíamos al suelo…

Le agarré por las solapas y él me miró fijamente, como si en mí viera el Más Allá, y dijo:

—Matar, matar, matar, matar…

Pensé: «Está loco, está poseído, está drogado».

No me dio tiempo a pensar más.

Las mujeres todo-terreno consiguieron librarse de Flossie, hinchándole un ojo y dejándola en un rincón, y habían llegado ya hasta mí. Yo estaba tratando de comprender el mensaje del ametrallador («Matar, matar, matar») cuando una de ellas sacó un machete y le cortó la cabeza de un tajo.

Y a mí, para que no me mareara, me dio un puntapié en la sien y me dejó rodar por el suelo a mis anchas.

Llegaba la policía.

Flossie se echó sobre mí, me agarró de las solapas, me levantó en vilo. Para reanimarme, dijo:

—¡Corre, que te acusarán de asesinato!

Con este incentivo, corrí adonde ella me llevaba aun cuando no sabía exactamente dónde era. Nos metimos en un ascensor, que salió despedido hacia el cielo a toda velocidad.

—¡Han secuestrado a Andy! —gritaba Flossie—. ¿Te has dado cuenta? ¡Han secuestrado a Andy!

La verdad es que yo no me daba cuenta exactamente. Recordaba que había unos tipejos que habían querido matar a Andy (uno de ellos miraba con los ojos dilatados y decía: «Mata, mata, mata»), y que había otros que, simplemente, querían *tenerlo*. Conejo y Señoras-Todo-Terreno mataban a quienes querían matar a Andy, y se llevaban a Andy secuestrado.

Hasta ese momento no fui capaz de abrir los ojos y aceptar, a voz en grito:

—¡Diablos, tenía razón ese maldito gallego!

Entonces, se paró el ascensor. Pudimos oír perfectamente:

—¡Quedan ustedes detenidos! ¡Están atrapados! ¡No opongan resistencia! —Sólo que dicho en islandés, que resulta más terrorífico y más incomprensible.

Flossie y yo nos miramos.

—¡Haz algo! —me exigió ella.

Instintivamente, por complacerla y dar imagen de que sabía lo que me llevaba entre manos, golpeé el botón que decía «*ALARMA*». (Lo decía en islandés, pero era de color rojo y eso me dio una pista).

Las puertas del ascensor se abrieron, al tiempo que sonaba una sirena ensordecedora. Estábamos entre dos pisos. Saltamos al que quedaba por debajo de nosotros. Flossie me agarró de la mano y tiró de mí hacia una peluquería

uni-sex.

Nos metimos en ella. Flossie se arrancó el collar de brillantes que llevaba, lo tiró sobre una mesa y dijo, en islandés:

—¡Hemos estado aquí desde hace dos horas. Vamos a cambiar de *look*!

Un tipo nos miró, asombrado. Cogió el collar. Volvió a miramos. Miró el collar. Nos miró una vez más. Y decidió ayudamos a cambiar de *look*. Yo dejé que me hicieran porque no podía reaccionar. Me había dejado petrificado el hecho de saber que los brillantes del collar eran auténticos y que Flossie sabía hablar islandés.

Y ya tenéis a Indiana James con el pelo cortado a la moda, medio calvo de los lados y horripilado de arriba, y vestido como un ejecutivo de publicidad de los Champs Elyssées, saliendo de la peluquería con una no menos extravagante Flossie McCormick que encargaba billetes de avión por teléfono.

—No lo dudes, Indy —decía—. Se lo han llevado al sanatorio de Bruno Sovak otra vez. Si queremos recuperar a nuestro amigo Andy, es allí donde tenemos que ir.

Si en algún momento he dicho que *yo* me meto en líos o que *yo* decidí salvarle la vida al gallego, éste es el momento de rectificar.

Nunca en mi vida me había parecido tan evidente que otras personas tomaban decisiones en mi lugar.

—Un momento —dije, procurando controlar mis nervios—. ¿Cuánto tiempo falta para que salga el avión?

—Tres horas —dijo ella.

—Perfecto —dije yo. Y eché a andar; en dirección a los ascensores.

—¡Eh, ¿dónde vas?!

Flossie me siguió. Nos metimos en un ascensor. Me miraba, y mi expresión debía de aconsejar no hacer más preguntas.

Cuando llegamos al nivel inferior, la policía y las ambulancias ya habían hecho su trabajo deteniendo a muchedumbres de testigos oculares y a todos los cadáveres, y dejando manchas de sangre, agujeros en las paredes, puertas destrozadas y siluetas dibujadas con tiza en el suelo.

Sólo unas pocas timbas habían regresado a sus mesas. Aquéllas en que se jugaba más dinero. Las de los «ciudadanos fuera de toda

sospecha». En una de ellas encontré al telegrafista del *Craenhals*. Me acerqué por detrás de él, como un mirón más.

Vi cómo ponía cien dólares sobre la mesa, defendiendo un farol insostenible. Jugaba con el dinero como si no fuera suyo.

Llevaba un pañuelo de seda anudado al cuello.

Le agarré del pañuelo y lo levanté cuatro dedos de su asiento. Se puso a bracear como loco. Ahogándose. Se puso rojo, violeta, azul. Le dije:

—¿Quién te ha pagado ese dinero, sucio chivato? Ya sé el por qué. Escuchaste que había gente interesada en encontrar a Andy Carballeira y enviaste un mensaje por el radio-transmisor del barco para ver si alguien picaba…

Negaba frenéticamente con la cabeza. Le solté. En cuanto pudo sentar sus nalgas, muy ronco, empezó a cantar:

—No, no, no. Puse un anuncio en los principales periódicos…

Me di por enterado. Lo levanté de nuevo y él se puso a decir «*Gha, gah, gha*»…

—Pusiste un anuncio en los periódicos y alguien respondió. *¿Quién?*

Lo solté.

—*¡Gno glo gsé!* —dijo, guturalmente. Y, de pronto, pivotó y en su mano llevaba un cuchillo enorme y brillante que iba directa a mi entrepierna.

Le desanimé de sus proyectos dando un puntapié a la silla que ocupaba, que resbaló y fue a parar al suelo con estrépito. El telegrafista se dio una costalada, se descoyuntó, soltó el cuchillo, repitió que *no lo sabía* en su idioma de medio estrangulado y me miró horrorizado de abajo arriba.

—¡Recibí un talón! —aulló—. ¡Y un número de teléfono de algún lugar de Europa que no sé…! ¡Hablaban alemán! «La Clínica del doctor Sovak», me dije. —Y llamé, y dije… lo que Andy decía…

Le puse mi zapato sobre el cuello.

—¿Qué le hadas tú a un sucio chivato como tú? —pregunté.

—Le… le… —tartamudeaba él—. Le perdonaría.

—¿Y vosotros? —pregunté a los de la mesa.

—Aceptaríamos todo su dinero como prueba de que no lo volverás a hacer —dijo uno, especialmente pacífico y práctico.

Hice una seña y los jugadores de póquer se apropiaron del

dinero mal ganado. Después, agarré de las solapas al radiotelegrafista del *Craenhals*, que me miraba como si yo fuera Dios Todopoderoso en el día del juicio final, y lo levanté en vilo.

Le disparé un directo a la mandíbula. El tipo empezó a dar vueltas como una peonza.

—Bueno, vámonos, Indy —dijo Flossie McCormick—. Que vamos a perder el avión.

Nos fuimos…

… Y el tipo todavía estaba dando vueltas como una peonza. Y empezaban a aceptarse apuestas respecto a si caería de cara o de espaldas. «*¡Cara o cruz!*», gritaba la gente.

Capítulo IV

Un avión nos llevó desde Reijkiavik a Bonn, vía Oslo, y otro nos depositó en Viena. Luego, siguió el largo, sinuoso y hermoso recorrido por carretera, dejando atrás el fértil valle del Danubio y encaramándonos a los escarpados Alpes.

Pero todo esto tiene sólo un interés relativo para quien, como yo, sólo remotamente se siente implicado en la peripecia y, en realidad, está impaciente por comprender algo.

—¿Pero no lo entiendes? —protestaba Flossie—. ¡Hay alguien que trata de lavarle el cerebro a ese pobre desgraciado para hacerle creer que es brujo…!

Y yo, que no lo entendía, protestaba:

—¡No, no lo entiendo! ¿Por qué él y no el presidente de los Estados Unidos, por ejemplo? —No hacía mucho, había vivido la apasionante aventura de los indios que se querían comer a nuestro presidente—.[6] Puestos a lavar cerebros, es mejor que estén bien colocados, ¿no?

—¡Pero es que el presidente no es hijo séptimo de hijo séptimo, ni nació en Navidad! —saltaba ella. Y, a continuación, como percatándose de algo que yo ocultara, añadía—: Vamos, Indiana, deja de fingir, que lo sabes tan bien como yo… Tú vas detrás de ese maldito Bruno Sovak. Seguro que lava el cerebro a la gente a fuerza de electro-*shocks*… «Metiéndolos en la electricidad», como diría nuestro amigo Carballeira…

Yo le decía que sí, que sí.

—¿Tienes algún plan? —me preguntó en una ocasión.

—Todavía no.

—Ya se me ocurrirá algo —dijo. Y añadió—: ¡Oh, Indiana, esto es tan emocionante!

En ocasiones como ésta, yo recordaba qué motivos me habían llevado a meterme en el jaleo y trataba de recordárselo a Flossie:

—Flossie… ¿Sabes…? Hay un capítulo en toda novela de aventuras que…

Pero ella siempre me dejaba con la palabra en la boca y salía corriendo en cualquier dirección para resolver cualquier cosa. En Viena concretamente, después de unas cuantas llamadas telefónicas, me enturbió la contemplación del Danubio y la audición de valses de Strauss con un resumen de la biografía de Bruno Sovak.

—Psicoanalista argentino, de tendencia lacantiana, mezclado en los negocios sucios de Videla y Massera y demás generales argentinos. Director de una clínica psiquiátrica donde se experimentaba con «desaparecidos»… Era especialista en lavar cerebros. Después de sus sesiones, sus víctimas no sólo renunciaban a sus ideologías sino que pasaban a colaborar con él, se convertían en interrogadores y torturadores. Apacibles madres de familia cuyas tendencias izquierdistas no iban más allá de las tiras cómicas de «Mafalda» o «Charlie Brown», después de pasar por sus manos se convertían en bestias feroces, torturadoras perversas, despiadadas e insaciables… —Y, de pronto, Flossie se interrumpía para decir—: ¡Pero qué te estoy contando! Seguro que ya lo sabes, y que vas a por él, y que me dejas hablar para no frustrarme…

En Judenburg, mientras comíamos, me notificó:

—A partir de aquí, te dejo seguir solo. No quiero estorbarte más.

No me dio tiempo ni a replicar. Se levantó y salió del comedor. Me entretuvo el camarero empeñado en cobrar lo que habíamos comido y, para cuando salí, ella ya había desaparecido. Y, en su lugar, había una especie de bola vestida de azul marino, con bigotes de morsa, que balbuceaba en inglés:

—¿Es usted a quien he de llevar a la Clínica Privada Sovak?

Dije, después de una duda:

—Sí.

Y pensé emplear todo mi tiempo de ocio en responder a aquel «Sí». Me parecía que todo había ocurrido demasiado deprisa. Como si me hubieran hecho una pregunta y, antes de que yo respondiera, alguien hubiera intervenido la línea metiendo cien respuestas y preguntas más en las que yo no tenía nada que ver y después de las cuales no supiera qué conclusiones sacar.

—Venga conmigo —dijo Bigotes de Morsa.

Y yo seguí diciendo:

—Sí.

Y el Bigotes de Morsa me abrió la puerta de un «BMW» negro, enorme y reluciente, y yo accedí a meterme en él, y de repente me cayó en la nuca un golpe tan fuerte que mi alma estalló como si fuera de cristal de Bohemia y, antes de que recogieran mis pedazos con una escoba y me recompusieran mal que bien, tuve la seguridad de que era Flossie quien me había vendido, con tantas llamadas telefónicas y tantas historias, y antes de abrir los ojos ya sabía cuándo y dónde y cómo los abriría.

Cuándo: Cinco segundos antes de que me dieran una descarga eléctrica en todo el cuerpo, al mismo tiempo que voces celestiales me entraban por los oídos diciendo que aquello no era nada, que todo el mal cesaría si colaboraba, que el mundo era hermoso más allá del dolor. Dioses, el dolor era un flechazo directo al cerebro, la ruptura en pedazos de todos y cada uno de los nervios, la dispersión de las neuronas, la regresión de adulto a niño de pecho y escalada posterior, pasando por la adolescencia más imbécil.

Dónde: En una especie de mesa de operaciones, con un casco extraño, sala de paredes estragadas por la humedad y el tiempo, máquinas de luces que se encendían y se apagaban, silla eléctrica donde se ajusticiaba a la mente. Todo era una niebla impenetrable mientras dos tipos con ojos de color nada me miraban y exigían que yo contestase, y accionaban palancas para que yo contestase.

Cada vez que accionaban una de aquellas palancas, algo estallaba en mí y yo empezaba a patalear y a gritar porque el dolor entraba como un rayo en mi corazón y vibraba en cada uno de mis músculos, y en cada una de las raíces de mis nervios.

Me preguntaron cosas.

Y yo contesté. Sí.

Cómo desperté: Enfrentado a una luz deslumbradora, y a un rostro enloquecido con ojos de nada, que me gritaba preguntas, y cuando gritaba escupía saliva y me daba asco, y yo estaba volviéndome loco, loco, loco, loco…

—¡Vamos, levántate! —me dijeron, de pronto, como reprochándome que durmiera tantas horas seguidas.

Me incorporaron. Yo no sabía lo que hacía. Mi mundo todavía

era pura neblina y mis sensaciones eran un caos.

Me senté y se me caía la cabeza, y me la enderezaban y se me volvía a caer, y me la volvían a enderezar y era el cuento de nunca acabar.

Me estaban haciendo algo en los pies.

Me decían que yo era un buen chico y que les había ayudado a no sé cuántas cosas. Me anunciaban que «ahora sí que me lo pasaría bien», decían que «hasta ahora todo ha sido un juego», y eso confundía mis ideas porque yo no era consciente de habérmelo pasado demasiado bien, ni de haber jugado, ni siquiera de haber hecho nada por animar mi vida (normalmente, ya bastante animada estaba ya).

De forma que traté de ponerme en pie, y no pude. Me sentí transportado por los aires, yo tratando de mover las piernas, y no podía pero avanzaba, y debía de ser que volaba. Sí: ésa era la sensación, la de volar por encima de continentes, casas, mares y montañas, volaba como un pajarito, y eso me daba risa, y había gente a mi alrededor a la que todo le parecía tan gracioso como a mí. Y, de buenas a primeras (hacía mucho frío), una serie de voces se despidieron de mí afectuosamente (y yo no podía mover los pies), «hasta la vista, Indiana, que tengas suerte, Indy» (y por mucho que me empeñara no podía mover los pies), y yo también me despedía, aturdido (dándome cuenta de que me habían drogado, de que yo no era yo), y me llevaban en hombros como en una celebración (pero yo sabía que querían hacerme daño, porque todos eran mis enemigos) y, de pronto, volé.

Volé.

Y caí al agua.

Rió, mar, agua dulce, agua salada, no importa, agua que entra por la boca y por las narices y por los ojos y por los pulmones, y por los poros y por el ombligo y por todos los agujeros del cuerpo, *diablos, me estaba ahogando*, estaba entrando en las profundidades de algún océano o río, y me acordaba de una vez en que me había ocurrido algo similar, y me habían tirado al mar con una piedra atada a los pies, pero una sirena me había salvado,[7] y me dije que eso no podía suceder más de una vez en la vida, porque nadie tiene tanta suerte y, además, no suele suceder que a uno lo tiren al mar —o al río— con intención de ahogarlo, y entonces miré hacia abajo,

y vi que mis pies estaban envueltos por un bloque de cemento, y que lo demás era agua y cieno del fondo, y burbujas, y algún pez despistado, y algo me dijo que, cuando a una persona le pasa eso, es que se ha muerto. Ha dejado de ser protagonista de su propia vida y deja paso a los demás.

Yo dejé paso a los demás.

Los demás eran dos tipos que nadaban a mí alrededor, cabeza abajo, y agarraban el bloque de cemento y tiraban de él hacia arriba.

Y yo volví a volar, flotando ahora de abajo arriba, en lugar de flotar de arriba abajo, que es como no debe de ser.

Era como si, en lugar de cemento, fuera corcho lo que yo tenía en torno a mis tobillos.

Salí a la superficie con tanta sensación de liberación como la otra vez, delante de Guinea, en las costas africanas del Atlántico (aquello empezaba a convertirse en costumbre) y me sentí depositado en tierra firme y con ganas de preguntarme: «¿Qué diablos me ha ocurrido?».

No me dio tiempo a preguntármelo.

Nos atacaban.

Los dos buceadores que me habían sacado del fondo se volvieron bruscamente cuando un coche de luces cegadoras recorrió en dirección a nosotros la orilla del río. Vi que uno de ellos echaba mano al interior de una bolsa de lona que había por allí. Unos gritos espantosos hicieron que se estremeciera mi maltrecho cerebro.

No entendí nada de lo que decían. Teniendo en cuenta que estábamos en Austria, deduje que estarían hablando en croata o en esloveno, idiomas de los que no poseo ninguna noción.

—*¡Loquesea!* —gritaron desde el coche—. *¡Y una larga retahila incomprensible!*

Mis dos salvadores se habían puesto codo con codo, entre los faros del coche y yo, para que no me vieran bien.

Como se puede comprobar, yo iba razonando poco a poco, recuperando progresivamente mis facultades. Mis neuronas se iban reordenando, regresaban a sus puestos después de mucho tiempo de inactividad, e iban comprendiendo que era de noche y que hacía un frío horrible, que se me estaban entumeciendo los brazos y las piernas, sobre todo las piernas, metidas en aquellos dos horribles

bloques de cemento.

Me hice cargo, por fin, de que estaba inmovilizado, que era como un tentempié, como una de esas figuras humanas que se utilizan para tirar al blanco. Y dentro de aquel coche, fueran quienes fuesen los que gritaban, seguro que tenían armas cargadas para tirar al blanco, y que yo sería su objetivo.

No me dio tiempo de llegar a más conclusiones porque uno de mis dos salvadores acababa de sacar una «Ingram» de su macuto y disparó todo el cargador en una sola, feroz y breve ráfaga.

Se apagaron las luces del coche y todo fueron sombras mientras mi salvador desarmado salía corriendo valientemente hacia el coche. Hubo dos detonaciones seguidas y el relámpago de los fogonazos en la noche.

Gritos en esloveno que decían: «*¡Esto y aquello!*».

El chasquido inconfundible de puñetazos. De los que rompen huesos. Gritos, rumor de ropas, forcejeo, gente que caía al suelo.

¡Y yo clavado, como un imbécil, sin poder hacer nada!

De pronto, una sombra se destacó del resto. Andaba a tientas. Pude verla porque mis ojos se habían acostumbrado a la oscuridad y porque un rayo de luna centelleó fugazmente en la hoja de una navaja.

Venía a por mí.

Pero el tipo acababa de salir del marasmo de la pelea y aún no había habituado su mirada a las tinieblas, como yo.

Trataba de no hacer ruido.

En mi cerebro sonó el toque de «zafarrancho de combate» y acabé de entenderlo todo. Había estado prisionero en la Clínica Privada del Doctor Sovak, me habían sometido a los electroshocks y demás torturas, a las que se refería Andy Carballeira cuando decía que «le metían en la electricidad». Dioses, esperaba no haberme vuelto tan loco y tan pesado como él. (Sobre todo, tan pesado). Después de obtener de mí lo que querían (¡y que me maten si sé lo que podían querer de mí!), habían tratado de matarme echándome a un río.

Yo tenía que morir.

Y aquella sombra armada de una navaja se iba acercando a mí y lo tenía muy claro: *Yo tenía que morir*. Era uno de los que habían hecho la obra de albañilería en torno a mis tobillos y luego me

habían echado al agua helada.

Agua helada. Me estaba congelando. Necesitaba un poco de acción.

La maldita sombra estaba ya a mi alcance. Estiraba la mano izquierda, palpando el aire. Un paso más y me tocaría.

Luego, había dos tipos que me habían salvado, y ésa era la parte que no podía comprender. Pero ya no era hora de pensar.

Tenía que entrar en acción o me congelaría del todo.

Así que estiré mi brazo izquierdo, agarré la mano desarmada y tiré de la sombra hacia mí. Empezó a perder el equilibrio. Disparé mi puño derecho y ¡CRAACK! Le di en la sien y el pómulo. Gritó, pero no me entretuve a ver qué hacía a continuación. Eché un zarpazo para buscar su mano armada…

—Pellizqué la ropa, pero se me zafó…

El tipo, la sombra, giró sobre sí mismo como en un paso de *ballet*, para ponerse de cara a mí.

Seguro que me buscaba con su maldita navaja.

Yo lo sujetaba de su brazo izquierdo y, con todas mis fuerzas, (que, como ustedes saben, son muchas) trataba de mantenerlo de espaldas.

Pero el maldito hijo de perra empleaba todas sus fuerzas (y a fe que eran muchas) en girar en torno al bloque de cemento que me paralizaba. Se iba poniendo detrás mío, y las rodillas casi me crujían, todo mi cuerpo girado en una contorsión imposible.

¡A poco que se lo propusiera, podría tirarme de espaldas y, entonces, yo ya no tendría ninguna posibilidad!

Empleé todo el resto de mis fuerzas en descoyuntarle el codo, doblándole el brazo *contranatura*. Sonó un chasquido que me puso todos los pelos de punta. Y le empujé con fuerza, alejándole de mí.

El tipo lanzó un alarido larguísimo y agudo. Gritaba todavía cuando oí su topetazo contra el suelo. Y gritaba más cuando oí cómo se ponía en pie. Y gritaba y sollozaba, rabioso, cuando se me vino encima, atacándome por la espalda.

Me agaché como pude y esperé el golpe inevitable. Sólo deseaba que no fuera en un lugar vital.

Cayó el golpe.

Me moví.

¡TAC!, fue como un fuerte puñetazo entre el omoplato y la axila

izquierdos. Yo sabía que no era un simple puñetazo pero no tenía que pensar más en ello. Ahí estaba la mano del agresor, aferrado al mango de la navaja, y yo no podía dejar escapar mi oportunidad, y agarré aquella mano, aquel puño y tiré hacia mí y hacia abajo.

El hombre estaba debilitado y clavó la rodilla poniéndose a mi lado, casi delante de mí.

El tenía un brazo roto, pero yo tenía las piernas clavadas en el suelo y una navaja en el costado. En aquella pelea valía todo y no podía andarme con contemplaciones.

Así que le rompí el otro brazo.

¡*CRACK*!

Y aulló de nuevo.

Lo levanté en vilo. Lo puse ante mí, ciego de ira. Apunté bien. Y le envié un puñetazo como un obús, como un cañonazo, al centro de la cara.

Puse en aquel golpe toda la rabia incubada mientras me daban descargas eléctricas.

Estalló su rostro en varios chorros de sangre y el tipo dejó de gritar y salió impulsado hacia atrás hasta caer de espaldas al río. Oí su chapoteo, como él también debió de escuchar el mío, un rato antes. No tenía brazos ni conocimiento para nadar. Le deseé buen viaje al infierno.

Creo que nunca había odiado tanto a nadie.

Y, de pronto, me aterrorizó el silencio siguiente. En torno al coche, no se movía nadie.

Me dije: «¿Y si han muerto mis salvadores, quién me saca de estos bloques?». Y también me dije: «¿Y si ha sobrevivido alguno de mis enemigos, tendré que volver a pelear…?».

Entonces, me empezó a doler terriblemente el navajazo de la espalda. Cada latido era como una patada propinada por un futbolista loco. Me llevé la mano al lugar exacto, aguanté la respiración…

¡… Y me arranqué la navaja!

Grité: «*¡Ah!*».

Una voz murmuró: «*¿No sé qué?*».

—¡No entiendo tu maldito idioma, pero ven a quitarme estos zapatos…! —le dije. Y, sintiéndome cada vez más débil, esgrimí la navaja—. Y, si eres uno de los zapateros, ven acá y acabemos de

una vez…

Se incorporó una de las sombras. Cojeaba. Avanzó hacia mí pesadamente, como un monstruo de película. Yo apreté la navaja en mi mano, seguro de que era enemigo.

Pensé: «Desde que conociste a la maldita Flossie McCormick, se te acabó la suerte, Indiana. Quizá *Lady* Suerte sea celosa. Quién sabe».

El tipo se detuvo. Volvió atrás. Entonces, tuve la seguridad de que era «de los otros». Maldita sea, volvía para recoger una pistola y dispararme de lejos. Claro.

No. Montó en el coche. Hizo rugir al motor.

Dioses, *quería atropellarme con el coche.*

El coche se me vino encima.

Frenó a tiempo. A mi lado. A esa distancia, ya pude reconocer a uno de mis salvadores. Simplemente, quería ponerme bien cerca para subirme mejor a la trasera de lo que resultó ser una especie de furgoneta.

—¿Habla usted alemán? —pregunté, entre jadeos y en alemán.

—Sí, claro —dijo—. Soy alemán.

—¿Y qué más es? —dije.

—¿Qué quiere decir?

—¿Qué cargo ocupa en la sociedad para verse obligado a tirarse al agua, de noche, y sacarme, y luchar por mí…?

—Ah. Soy detective privado. Claro.

—¿Ah, sí? ¿Y para quién trabaja?

—No se lo puedo decir. Claro. Es secreto profesional.

—Claro —dije yo.

CAPÍTULO V

Se llamaba Hans Hora y estaba herido en una pierna y deprimido porque los «*fackos*» (como los llamaba él, usando esta palabra española) habían matado a sus cuatro socios.

Me llevó a Judenburg y me escondió en casa de su abuelita, una mujer adorable que parecía estar acostumbrada a que su nieto le llevara a casa gente apuñalada.

Las únicas explicaciones que me dio el detective fueron referentes a su opinión respecto al fascismo (el tema lo tenía obsesionado) y, un poco más tarde, una simple descripción de lo que había ocurrido el día anterior.

En la primera parte del viaje, me hizo saber que, al parecer, todo el mundo está convencido de que la totalidad de la población alemana es fascista, y eso no es verdad. La prueba está en que Bruno Sovak, el Psiquiatra Loco que me había torturado, era argentino. El y la agencia de detectives que dirigía habían decidido desenmascararlo y llevarlo ante los tribunales.

Al pasar por un punto determinado de la carretera, cuando ya clareaba, Hans Horn señaló un punto entre los bosques nevados, mostrándome unas volutas de humo negro.

—¿Ves? —dijo—. Ésos son los restos del incendio de la Clínica Privada del Doctor Sovak. Claro.

Hans Horn y sus cuatro socios ya habían llevado a cabo algunas operaciones «*anti-fachos*», anteriormente. Habían fusilado a un par de oficiales del Ejército Colonial Sudafricano, entre otras cosas.

La noche anterior rodearon el establecimiento de Sovak y atacaron por sorpresa, con ametralladoras y granadas de mano. Prueba de que los ocupantes de la mansión eran «*fachos*» era que tenían ametralladoras para replicar al fuego. Había sido un combate

muy duro, entorpecido por la algarabía de los locos, que se escaparon y corrían de un lado para otro, estorbando la operación.

En un momento dado del tiroteo, Horn y sus hombres vieron que escapaba una furgoneta, que surgía inesperadamente de un túnel subterráneo. Se lanzaron en su persecución Hans Horn y su compañero Eric y vieron cómo aquellos tipos lanzaban mi cuerpo al agua, justo en el momento en que se ponía el sol.

Como no podían perder tiempo peleando tontamente, fueron primero a rescatarme y luego se vieron atacados por los hombres de Sovak. De lo que hubiera ocurrido a continuación, Hans Horn sabía tan poco como yo.

Me dejó en casa de la abuelita y salió corriendo en busca de un médico.

Evidentemente, había caído en manos del jefe de un grupo salvaje, clandestino y enloquecido, pero llegué a la conclusión de que peor es morirse y me dejé cuidar.

El médico me curó la herida de la espalda asegurándome que no era nada y que él, en la Segunda Guerra Mundial, luchando en la resistencia contra los nazis, había recorrido más de diez quilómetros, en la nieve y con media docena de heridas como aquélla. El también opinaba que había que matar a todos los que pensaban que los austríacos eran nazis.

Me hizo todo tipo de pruebas para asegurarse de que las torturas de Sovak no me habían afectado en ningún sentido. Probó mis reflejos, mi vista, mi oído, mi gusto, mi olfato, mi tacto, mi equilibrio, mi coordinación muscular. Me resultó bastante doloroso, teniendo en cuenta la puñalada que llevaba en la espalda, pero aquel tipo sin entrañas lo consideraba del todo necesario. Por fin, se despidió dándome una afectuosa palmada justo en pleno navajazo, y me dejó medio desmayado en las amorosas manos de la viejecita.

Dos días después, reapareció Horn para entregarme un billete de avión con destino a Río de Janeiro y un pasaporte a nombre de John Smith.

—Se nota demasiado que Indiana James es un nombre falso —me dijo. Y añadió—: Claro.

Me contó también que el doctor Bruno Sovak había escapado. Seguramente, aprovechando la desbandada de los locos despavoridos huyendo de la quema.

—¿Y por qué me tengo que ir a Río ahora? —le pregunté.

—Es lo más conveniente —me dijo. Sonrió hasta casi hacerse daño—: Claro.

—Hans Horn. Exijo que me digas quién te contrató. ¿Era una mujer? ¿Se llamaba Flossie McCormick?

—No. No era una mujer. Y no se llamaba Flossie McCormick —me dijo—. Y no puedo decirle más. Claro.

—Claro —dije yo, fastidiado.

Al día siguiente, me despedí de la anciana señora Horn (o como se llamase) y una furgoneta de correos conducida por un funcionario muy silencioso, me llevó hasta el aeropuerto de Viena.

Cuando monté en el avión, lo hice con la sensación de que nunca había estado realmente en aquel país. Recordaba apenas el día en que llegué con Flossie McCormick y, a continuación, todo se había precipitado tanto y había sido tan confuso que no podía acabar de entender todo aún.

En realidad, no acababa de sentirme protagonista de mi propia vida. Me estaban manejando.

Haciéndome hacer cosas sin interesarse por mi opinión.

Y detrás de todo aquello, inevitablemente, yo veía la mano fina y delicada de Flossie McCormick.

Y la estuve viendo constantemente, en mi imaginación, mientras sobrevolaba los deliciosos montes nevados de los Alpes Austríacos y Suizos, y mientras hacía una rápida escala en París, y mientras descansaba profundamente a diez mil metros sobre el Océano Atlántico. Flossie McCormick, la que se había presentado ante mí como millonada extravagante, ahora tenía el rostro odioso de una niña mimada que destripa a su gatito con una navaja de afeitar, para huir del aburrimiento. En mi imaginación, yo era el gatito mientras salía del avión en el aeropuerto de Río…

… Y veía a aquella especie de bola azul marino con bigotes de morsa mostrando una mini-pancarta donde había escrito «*Indiana James*». Recordé al tipo. Era el hombre que había balbuceado en inglés: «¿Es usted a quien he de llevar a la Clínica Privada Sovak?». Yo me había metido en su coche y alguien me había dado un fuerte golpe en la nuca.

Pasé de largo, pero me reconoció. Vino tras de mí diciendo en alemán:

—¡Cuidado, señor Indiana! ¡Le están apuntando con un fusil desde un lugar que usted no puede ver! ¡No haga la prueba!

Me detuve. Tenía ganas de girar vertiginosamente, golpear al gordo con el codo en la nariz, tirarme al suelo para evitar el balazo y reptar, aprovechando la inevitable confusión, para huir de aquel disparate, pero…

… «Pero, amigo mío», me dije, «si ahora te escabulles y pierdes de vista a estos energúmenos, ¿qué harás en Río de Janeiro? Después de todo, ¿qué te ha traído aquí si no es la curiosidad, esa maldita curiosidad que tantas cicatrices te ha producido en todo el cuerpo?».

También me dije: «Indiana: estás loco».

Y seguí al bola de sebo-bigotes de morsa.

Salimos del aeropuerto al aplastante sol brasileño, montamos en un «Mercedes» blanco y nos internamos en una ciudad nueva y brillante llena de alegría, música, fastuosos vestidos de raso, negras con pelucas blancas, cariocas moviendo sus pechos semidesnudos, maracas, sombreros de copa y sombreros llenos de frutas tropicales, confetti, serpentinas, bandas borrachas, risas blancas, caipirinha y frenesí.

Estábamos en un país tropical, bendecido por los dioses y bonito por naturaleza, en febrero y en Carnaval.

CAPÍTULO VI

—Póngase esto —me dijo, en alemán, Bigotes de Morsa.

Y me entregó una careta de plástico que se sujetaba con una gomita y que representaba al Hombre-Lobo. Aquello me recordó a Andy Carballeira, el desencadenante de todo aquel merecumbé, y confié en que cada nueva extravagancia me acercara un poco más a una explicación coherente del caso.

Como para demostrar su buena fe, el tipo me dedicó una especie de visita turística, dando un pequeño rodeo por la Playa de Flamengo, la Ensenada Botafogo, pasamos entre el Corcovado y el Pan de Azúcar, recorrimos la Playa de Copacabana y la del Arpoador, que viene a continuación.

La ciudad estaba en ebullición.

Algo más allá del Cabo dois Irmaós, junto a la carretera y de cara al mar, encontramos una gran mansión blanca y recargada de adornos, muy parecida a un pastel de nata y de regusto igualmente empalagoso, que debía de pertenecer al hombre más rico del mundo. En mitad del jardín había media docena de carrozas que imitaban las más lujosas de Luis XVI y su corte. Algunas estaban recubiertas de oro y tenían incrustaciones de marfil. Toda la hierba, y flores y plantas del inmenso jardín estaban cubiertas por una especie de rocío de todas las marcas de licores conocidas, y por todas partes se veían objetos dispersos, como en un paisaje después de la batalla. Había distintas prendas de ropa, muebles rotos, restos de comida (como si miles de personas se hubieran reunido allí para hacer un
pic-nic)
e incluso cadáveres. Si: entre los tipos disfrazados que dormían la mona formando auténticos montones, había alguno ensangrentado

y más pálido de lo normal.

Bigotes de Morsa (con máscara de Snoopy) y yo bajamos tranquilamente del «Mercedes Benz» y nos encaminamos a la mansión churrigueresca.

Fuera, la música resultaba lo bastante ensordecedora como para que no oyeras tu propia voz. Dentro del gran vestíbulo, te convertías en el centro donde convergía la potencia de diez amplificadores y ya te volvías loco. A los decibelios eléctricos se sumaban aquéllos proferidos por cientos de gargantas que se desgañitaban, en medio de una orgía estremecedora. Creo que no había perversión sexual que no se estuviera cometiendo en aquel mismo instante en algún rincón de aquella lujosísima estancia.

Bigotes de Morsa casi se tuvo que meter dentro de mi oreja para hacerse oír:

—¡Suba al último piso! ¡Métase en la última sauna!

Asentí con la cabeza para demostrarle que le había entendido, y obedecí. Subí en un ascensor último modelo al que habían revestido de madera tallada convirtiéndolo en algo de apariencia antigua y noble.

En alguna parte de la mansión sonó un tiro.

Avancé resueltamente por el corredor que se abrió ante mí. Estaba recubierto de madera clara, y parecía especialmente solitario. El ruido del resto de la casa sonaba muy lejos. Uno se sentía algo relajado en aquella zona.

Abrí una puerta y me encontré con la antesala de una auténtica sauna finlandesa, con un par de duchas y todo. No parecía haber nadie. Bigotes de Morsa se había referido a la última, de manera que me llegué hasta el final del pasillo.

Abrí la puerta.

Y allí estaba Flossie McCormick.

Desnuda.

Entre los brazos de Napoleón Bonaparte.

Flossie McCormick chilló «*¡Aaaaah!*», y el tipo se volvió hacia mí y me miró torvamente, muy en su papel. Levantó el labio y me enseñó los incisivos en una mueca totalmente espantosa.

—¡Echale, Napoleón! ¡*Echale*! —ordenó Flossie.

Qué hermosa era. Qué hermosa estaba. Y qué harto estaba yo de sus extravagancias.

Napoleón se me vino encima. Le pegué con tantas ganas como tenía de pegarle a ella. Primero al estómago, luego al parietal izquierdo, luego al parietal derecho. Y le derribé de un puntapié. Cayó sobre los listones paralelos que componían uno de los bancos y los rompió, convirtiéndolos en leña.

Rugió, se levantó e insistió. No era enemigo de peso. Pronto, dejó de ser cualquier cosa. Se le aflojaron las piernas y cayó de bruces.

Ahora fue Flossie quien se me vino encima, con los brazos abiertos.

—¡Oh, Indy, qué alegría, por fin…!

Me abrazó y me besó con fuerza, haciéndome cosquillas con la lengua en el esófago. Dioses, tan hermosa y tan desnuda. Dioses, se me fueron las manos…

… Y ella me las retiró.

—No, no, no, Indy, quieto, ahora no hay tiempo… —dijo.

—¡Maldita sea, Flossie! —me quejé yo, exasperado.

—¡Oh, Indy, no sabes cuánto te lo agradezco, me lo estoy pasando tan bien *en tu aventura*! —rió ella, en el sumum de la felicidad—. Es como si me hubieras cedido tu puesto, como si yo estuviera en tu lugar, ¿comprendes? —No supe qué decirle—. ¿Y tú? ¿Qué tal te lo pasas?

—¿Cómo te parece que se lo puede pasar una persona a la que golpean en la cabeza, electrocutan, drogan, interrogan, lanzan al fondo del río con un bloque de cemento en los pie, y clavan una navaja en la espalda… y, además, *no le dan una maldita explicación de lo que está pasando*?

—¿Todo eso te ha pasado? —preguntó ella, ilusionada, con los ojos desorbitados, como envidiándome profundamente.

—*¡Todo eso, si!* —grité yo. Grité tanto que la expresión de ella cambió un poco, como dudando.

—Qué bien, ¿no? —Trató de insistir.

—¿Bien? ¿Te parece bien? ¿De verdad? ¿Quieres que te haga yo a ti algo parecido, maldita seas? ¡Simplemente, te meteré los dedos en un enchufe, sólo para que veas lo bien que se lo pasa uno…!

—¿Pero a ti no te gustaban estas cosas? —se desilusionó ella.

—¿A quién diantres crees que pueden gustarle esas cosas? —protesté—. ¿Te crees que soy un jodido masoquista?

Ella parpadeó, muy confusa. Tragó saliva. Se pasó la lengua por los labios. Haciendo un inciso en la discusión, mientras trataba de comprender, me dijo:

—Por favor, vístete de Napoleón.

La miré resuelto a decirle que se fuera al cuerno.

—*Por favor* —insistió—. Estamos en casa de Bruno Sovak. Si te ve él o cualquiera de sus hombres, se preguntará cómo has podido llegar hasta aquí tan fácilmente. Al verte con disfraz, lo entenderá… —Yo no me moví—. Te servirá para pasar inadvertido…

Decididamente, ella mandaba. En aquella ocasión, ella tiraba de los hilos y yo era un simple y maldito comparsa, que sólo tenía que obedecer y recibir las bofetadas. De manera que, bruscamente, a tirones, desnudé a Napoleón y usurpé su lugar. Un buen disfraz, en realidad, si teníamos en cuenta lo enloquecido de la situación.

Ella parecía compungida.

—Yo creí que te gustaban estas cosas… —se excusaba—. Como me contaste tan alegre que habías luchado contra caimanes en el Matto Grosso,[8] y que habías vencido a no sé cuántas lanchas motoras tú solo con tus propias manos,[9] y que habías trabajado por cuenta de las feministas[10] y todo eso… Pues creí que te gustaba… —Tomé nota y reconocí mis pecados. Al querer conquistarla, había estado presumiendo demasiado. Todo lo que me estaba ocurriendo, lo tenía bien merecido, por borrico.

—Claro. Claro —decía yo, imitando al amigo Hans Horn.

—Ah, ¿has conocido al amigo Hans Horn? —saltó ella, interrumpiendo su *mea culpa*, muy ilusionada—. Es verdad. Siempre dice «Claro, claro». Te salvó, ¿verdad? Me lo dijo cuando hablé con él por teléfono. —Completamente aturdido, la miré a los ojos y cabeceé pidiéndole que tuviera piedad. Entonces, suavizó su expresión y estuve a punto de echarme a llorar emocionado. Dioses, qué hermosa era, qué terriblemente hermosa llegaba a ser. Y habló:

—Perdona, Indy… —Acariciándome la mejilla—. Fue una idea que se me ocurrió. Pensé que sólo había una forma de llegar hasta Bruno Sovak, de infiltrarse en sus filas, y era *entregándote*. Me inspiré en el telegrafista del *Craenhals*, ¿recuerdas? Él fue quien vendió a Andy Carballeira y luego estaba tan feliz, gastándose el dinero en los estratos inferiores de Reijkiavik como si nada hubiera ocurrido. ¿Recuerdas? Así que pensé que tú eres un tipo de recursos

y, al llegar a Viena, me puse en contacto con la Clínica Privada del doctor Sovak y le dije: «El famoso Indiana James está metiendo las narices en sus asuntos». Se aterrorizó… Te confundió con el del cine y le pareció que todo se le venía abajo, ¿comprendes?… —Ése era el comentario que no debiera de haber hecho. Puse cara de demostrárselo y puso cara de «acuse de recibo»—. Bueno, el caso es que te entregué, con ayuda de un antiguo mayordomo de una familia amiga mía que se llama Knevel y que es de toda confianza. Y salió bien, Indy, porque así conocí a Bruno Sovak, y me aceptó como amiga, amante y secretaria, y así estoy en el lugar idóneo para desbaratar su organización, Indy, ¿comprendes?

—Sí, Flossie —dije—. Me entregaste. ¿Y qué más?

—Al mismo tiempo, avisé a Hans Hora y a los suyos. Los conocí en otra ocasión en que trataba de ingresar en el mundo de la aventura. Supe, a través de un amigo de un primo de mi padre, que se dedicaban a cazar «fascistas», y les hablé de Bruno Sovak, se les hizo la boca agua, y ahí fueron. Le dije a Bruno: «Cariño, cuida bien de un prisionero que tienen que se llama Indiana…».

—¿Cariño? —Le hice notar yo.

—Sí. Bueno, antes de convencerle, intimé con él…

—Ya.

—Y, bueno, y él te salvó, ¿no?, y te ha traído hasta mí, ¿no?, y yo ahora ya he conocido a Boris Froswarn, y estamos a un paso de solucionar…

—¿Boris Froswarn? —murmuré—. Reconozco que no estaba muy sociable ni comunicativo, pero pesaban sobre mí todas las pruebas que había tenido que pasar por ella.

—Boris Froswarn —repitió ella—. El que dirige la secta… Es que… —se interrumpió como si hubiera oído algo. Y gimió—: Indy…

—Flossie —dije, resuelto a poner los puntos sobre las íes—: No me gusta nada lo que…

Ella, entonces, se tiró de cabeza contra la pared chillando de forma ensordecedora:

—¡Por *favor, no, por favor, no, por favor, no…*!

Se dio un golpe que retumbó en toda la casa y me puso la piel de gallina. Corría yo hacia ella para ayudarla, la agarraba de los hombros, la incorporaba, estremecido al ver la sangre que manaba

de su frente, cuando alguien dio un patadón a la puerta, destrozándola, «¡CRAAAAMB!», y veinte metralletas me encañonaron a la vez. (Bueno, o quizá fueran cinco, pero me impresionaron igual).

—¡Quieto! —dijo alguien.

—*¡Suéltala!* —Otro.

—¡Maldita sea…! —murmuró el que parecía el jefe—. Es Indiana James… *¡Pero este hombre es un diablo*…!

Y, al mismo tiempo, me dio con la culata de un «Kalashnikov» en la nuca y caí redondo acordándome de la madre que parió a Flossie McCormick.

CAPÍTULO VII

Olvidé decir que los tipos que me amenazaban iban vestidos de gnomo, de Rambo, de rajá, de samurái y de vampiro. Por eso, mis pesadillas a consecuencia del golpe fueron esencialmente enloquecedoras. Había gnomos que se colgaban de partes de mi cuerpo que nunca sirvieron de liana a nadie, vampiros que mordían mis uñas, rajás que me daban bienvenida a sus harenes, samuráis que me hacían el
hara-kiri,
y Rambos subnormales que me pedían que les enseñase a hablar ruso.

Escapé de aquel mundo horrible abriendo los ojos.

Y encontré a Cleopatra.

Flossie McCormick vestida de Cleopatra, como yo iba vestido de Napoleón. Buena pareja, la que hacíamos.

Yo abrí la boca:

—¡Ah, no, basta ya de…!

Ella me la tapó con un beso. Dioses, cómo puedo demostrar que es la mujer más hermosa que he conocido. Simplemente diciendo que no le hice nada. Sólo esperé a que terminara de besar.

Empezó a hablar:

—Perdona, perdona, perdona, Indy, pero formaba parte del plan… —Tenía un gran parche de esparadrapo y gasas en la frente. Permítanme decirles que me alegré. Susurraba la chica—: Yo ya no podía hacer nada sola, en esta casa. Por eso, te envié el billete de avión y le pedí a Knevel que te trajera, con las indicaciones precisas. Necesitaba que estuvieras prisionero aquí, antes que prisionero allá…

—¿Y qué te parecería si no estuviera prisionero en ninguna

parte? —grité.

—Pero, así, estás «*introducido*» —susurró ella.

Me puse en pie y, mientras ella hablaba, revisé las condiciones de mi encierro. Evidentemente, estábamos en la casa churrigueresca pastel de nata empalagoso. Una ventana daba al exterior, a una parte del jardín insólitamente desierta, pero estaba protegida por sólidas rejas de hierro. Enfrente de la ventana, una recia puerta con una pequeña mirilla.

Yo dije: «*Ajá*».

Mientras Flossie decía:

—Indy: He averiguado cuál es todo el jaleo que se trae esta gente entre manos. El mismo Bruno Sovak me lo ha dicho. *Fabrican tocos según pedido*. ¿Comprendes? Si un tipo hace un testamento que no favorece a la familia, la familia lo lleva a Sovak y Sovak lo somete a lo que sea con tal de que, al salir de la clínica, lo declaren loco. Está loco, el testamento no vale, hereda quien quiere. ¿Me sigues, Indy?

Hasta ahora, era Indy quien hacía comprender las cosas a la gente que le rodeaba. Hoy, Flossie McCormick trataba de usurpar mi puesto. Y seguía:

—Bruno Sovak fabrica locos… Y Andy Carballeira es uno de los locos fabricados por él. *El séptimo hijo de hijo séptimo.*

En la pequeña celda que me habían asignado había un camastro de hierro. Mejor que mejor que mejor.

Me volví a Flossie:

—¿Y qué demonios significa eso del séptimo hijo?

—En todo el mundo circula la leyenda de que el séptimo hijo de un hijo séptimo tiene cualidades mágicas. Puede ser mago, hombre lobo, brujo, adivinador o curador. Pero algo es. Boris Froswarn dirige una secta brasileira que recibe mucho dinero de los dueños de *cangaqos*, de los cangaceiros, con tal de que les mantengan tranquila a la población con santos, magos, adivinadores y salvadores. Bruno Sovak le ofreció al Santo Boris Froswarn la solución de su vida. Buscó a un hijo séptimo de séptimo hijo, le consiguió su árbol genealógico y lo metió en su Clínica Privada de Austria para convertirlo en un místico alucinador. ¿Te imaginas?

Todos los cangaceiros de la Meseta Brasileira pagarían muy a gusto por un *Santinho* que llevara a la gente por caminos calculados.

Andy Carballeira, sin saberlo, se convirtió en una joya muy valiosa. Sovak la vendió, y cobró una parte… Pero le salió mal el experimento. Andy Carballeira era demasiado fuerte, demasiado rebelde, quizá demasiado elemental. Un día, exasperado, rompió los cables del electroshock y huyó de la clínica. Mientras le buscaban, se metió en los despachos y arrambló con todos los papeles que pudieran respaldar su teoría, y entre ellos consiguió el «árbol genealógico» y los demás documentos. Eso hizo que Bruno Sovak quisiera matarlo… *Andy sabe demasiado*. Nosotros somos una prueba de ello. Según con quién hable, el negocio de Sovak se va al garete. Pero, además, en Reijkiavick se juntaron dos fuerzas. Una, la de Sovak, que buscaba a Andy para controlarlo. Pero la otra era la de Boris Froswarn, que había pagado por Andy y quería a Andy y, si me apuras, contaba con fuerzas superiores a las que apoyaban a Bruno Sovak. Porque los suyos eran fanáticos. Por eso, aquel día, nos asombramos con las Señoras-Todo-Terreno que se arriesgaban por salvarle y que mataban a quien fuera y como fuera por salvar a Andy. Andy era su Santinho y se puede decir que la vida de aquellas pobres mujeres dependía de él…

Yo ya había levantado la cama metálica y la había puesto apuntalada entre la puerta y la ventana enrejada. Pero no perdía detalle de lo que iba contando Flossie.

—Los motoristas de Sovak trataron de ametrallar a Andy, pero los partidarios de Froswarn lo salvaron y se lo trajeron aquí, a Brasil. Ahora, Froswarn trata de utilizarlo para sacar dinero a los miembros de los *cangagos*, mientras que Sovak trata de evitar que siga viviendo un hombre que sabe *demasiado.*

Ahora me tocaba a mí.

—Me alegro mucho de lo que *me* has dicho. Ahora, controlo la situación. Pero… ¿Has pensado que en estas habitaciones podían haber micrófonos ocultos…?

Flossie me miró boquiabierta.

—¡Ja, ja, ja! —Hizo un micrófono oculto—. Querida «Ágata Flossie»…

—¿Por qué te llama «Ágata»? —me interesé yo.

—Porque dice que soy como una *Piedra* y que soy *Preciosa* y la ágata es una *Piedra preciosa*…

Los cerrojos de la habitación hicieron *crack-crock*. Flossie corrió

a comprobar qué les había ocurrido. Comprobó que ni siquiera ella podía abrirlos. Se volvió hacia mí…

—¡*Indy*! —gritó.

—«*Ágata-Flossie*» —dijo la voz, muy orgullosa—. Confieso que has estado a punto de engañarme, pero de nada te sirven tus piruetas. Yo me voy a terminar mi trabajo mientras que tú sigues descansando con tu amigo…

—¿Qué hacemos? —me gritó la Flossie disfrazada de Cleopatra.

Yo sonreí.

—Haremos lo que podamos…

Por fin, me sentía dueño de la situación.

—¿Cuál era tu función exacta en el grupo de este Sovak? —pregunté.

—Bueno. Hum. Los animaba. Hum. Una vez le hice de secretaria a Sovak. Hum. Llamé al cinco-siete-siete-uno y pedí que trajeran un helicóptero para él.

—¿Y se lo trajeron? —pregunté yo.

—Sí.

—Está bien. Pues prepara tu voz de pedir helicópteros, porque vamos a necesitar uno para salir de esta leonera. ¿Preparada…?

—Sí.

Pobrecita.

CAPÍTULO VIII

Me puse como loco. Rompí cristales y golpeé muebles febrilmente y pateé la puerta de mi encierro hasta que mis guardianes se sintieron molestos. Entonces, esperando que miraran por la mirilla de la puerta, mantuve un rápido e ingenioso diálogo conmigo mismo.

—¡Bueno, esto ya está! —dije—. ¿Vámonos? ¡Venga, pasa tú primera…! Súbete así, así…

No sé cuántas cosas dije para provocarlos. Por fin, noté que trataban de abrir la puerta. El guardián imbécil que va a ver qué le pasa al prisionero.

No pudo abrirla. Le oí rezongar. Forcejeó. Claro: la cama metálica le bloqueaba la puerta, apoyada en la reja de la ventana.

Fuera, se pusieron nerviosos. Qué pasaba. ¿Que qué pasaba? Han escapado. ¿Qué estarán tramando? Empezaron a cargar contra la puerta, para abrirla. ¡BUM!, dos hombros forzudos,

¡BU-BUM!

Tres hombros a prueba de bomba, y órdenes del tipo «¡Echad esa puerta abajo, maldita sea, qué esperáis!», ¡BADABUMM!…

Flossie y yo permanecíamos pegados a la pared, y ella me miraba como diciendo «¿Por qué me metes en estos líos?», ella Cleopatra yo Napoleón, los dos pendientes de las embestidas de los locos de fuera.

¡BUM! ¡BUM!

Nos llegaban berridos, aullidos, bramidos, gente dispuesta a hacemos pedazos…

¡*CRACK*!, la puerta.

¡CRAAAAACK!, la puerta, cada vez menos sólida.

¡*CRACK*!, ahora sí que se ha roto. Y los maderos empujan el armazón metálico de la cama, que empuja a su vez los barrotes de

la ventana.

—¡Un último intento! —dicen fuera.

Empujan con todas sus fuerzas la puerta que empuja con todas sus fuerzas el armazón metálico de la cama que rompe los barrotes de la ventana.

Los barrotes se desprenden y caen…

… A la vez que la puerta se rompe en pedazos…

… Y la cama cae al suelo en medio de la confusión y nadie sabe qué función ha tenido.

Inmediatamente, irrumpen en la habitación el Rambo, el rajá, el samurái, el gnomo y el vampiro, acompañados de un par de amigos. Todos se precipitan hacia la ventana, empujándose unos a otros, pensando que hemos saltado por ella.

Flossie/Cleopatra y Yo/Napoleón nos introducimos entre sus filas, por detrás, y actuamos sin compasión. Yo aplasté al vampiro contra la pared, y le arrebaté la

«M-16»

que llevaba consigo. Flossie metió la mano entre las piernas del gnomo, le agarró de sus «particularidades» y tiró hacia el suelo con fuerza. El gnomo aulló y se dio de bruces en el suelo al tiempo que yo disparaba la

«M-16»

contra el Rambo, el Samurái y el Rajá, que salieron disparados contra la pared, se golpearon con ella y se desplomaron convertidos en hamburguesas, Flossie golpeó con el canto de la mano, de arriba abajo, al gnomo, que se convirtió en un montoncito de trapos. Yo estampé al vampiro contra la pared.

Corrimos los dos escaleras abajo. Nos provocaba risa el hecho de habernos librado de la muerte tan fácilmente.

Un teléfono.

Flossie se detuvo ante él, marcó cada uno de los guarismos, cinco, siete, siete, uno. Dijo:

—Aquí la secretaria de Bruno Sovak. Envíen un helicóptero a su mansión, por favor…

—*Okey*— dijeron al otro lado.

Y nosotros nos disparamos hacia abajo, donde solían aterrizar los helicópteros.

Antes de que llegáramos al jardín, un helicóptero merodeaba por

allí. Surgieron tres tipos corriendo, uno de los cuales iba vestido de esqueleto. Los otros sólo trataban de hacer gracia.

El helicóptero hizo un vuelo rasante, y los mascarudos se tiraron al suelo. Flossie y yo no, porque corríamos entre borrachos, cadáveres y genios.

De pronto, un tipo se irguió, vestido de esqueleto, representación de la *Muerte* con mayúsculas imbécil que cree que su vestido es un juego…

… Y levantó sus dos manos…

… Con una pistola…

… Al tiempo que Flossie y yo llegábamos hasta el helicóptero, y veíamos que el conductor no estaba muy seguro de nada, hasta que veía mi
«M-16»
y se avenía a contemporizar…

¡PANG!, sonó la pistola de la *Muerte.*

Instintivamente, el piloto del helicóptero tiró hacia arriba. Yo me agarré a su tren de aterrizaje. Flossie se agarró a mis piernas. Dijo (o quizá no). «*¡No me dejes!*», y nos elevamos.

Elevarse es poco. De pronto estábamos aquí, al alcance de los tiros del esqueleto de pacotilla, y a continuación subíamos a toda velocidad en dirección al cielo, yo agarrado con las dos manos del tren de aterrizaje del helicóptero, Flossie agarrada ahora de mi cintura, ahora de mis muslos, ahora de mis pantorrillas…

Cada vez más abajo.

Me encaramé a pulso. Había un piloto que me observaba sin saber qué hacer. Mientras yo hacía tantos esfuerzos, él me miraba fijamente.

Conseguí poner los pies en lugar firme. Ayudé a trepar a la espantada Flossie.

El piloto nos miró y sonrió ampliamente.

—¡Ahora iremos donde nunca soñaron llegar! —dijo, siguiendo la tonada de una antigua canción.

—¡No, amigo! ¡Iremos precisamente donde pretendíamos llegar! —dije, apoyando mi
«M-16»
en su cintura.

—¿Y dónde quieren llegar? —dijo el hombre, complaciente.

—A casa de Boris Froswarn —dijo Flossie, eficientemente—. Directamente allí.

El helicóptero sobrevoló generosamente todo Río, para mostrarnos el Pan de Azúcar, el Corcovado, la Playa de Ipanema y demás. Cabeceó, subió y bajó, se ladeó y zigzagueó, y al final, a punta de fusil-ametrallador, encontramos la mansión esotérica de Boris Froswarn.

Bajó el helicóptero.

Bajamos Flossie y yo. Armas en mano.

—¡Basta ya! ¡Contra la pared! ¡Rendíos! ¡Ríndanse! —decíamos, al azar, sin saber lo que decíamos, apuntando las armas a cualquier parte y sin ánimo de matar.

—*¡Queeeriiidaaa aaamiiigaaa*!— dijo una voz que surgía del fondo de un establo. —*¡Queeeriiidaaa aaamiiigaaa! ¡Queee cooonteeentooo eeestoooy deee veeerteee*!

El tipo que venía era el *Conejo de Lewis Carroll,* aquel tipo dentón que salvó la vida de Andy Carballeira en su día. Aquel gordito que no venía a cuento en medio de los pasillos de los bajos fondos de Reijkiavick.

—¿Dónde estamos? —le pregunté, en voz baja, a Flossie.

—En el reino de este mastuerzo. Déjale hablar y te dirá dónde encontraremos a nuestro amigo Carballeira. —Y, sin solución de continuidad, bajó el arma, puso buena cara y avanzó hacia el tipo diciendo—: ¡Mí querido *senhor* Froswarn…!

Le echó los brazos al cuello, y dos besitos, *muac, muac*, y se volvió para presentarme. Yo estaba ocupado mirando la nueva casa, una especie de templo surrealista diseñado por Dalí. Había muñecas hinchables crucificadas en las ventanas y una parte de la fachada había sido empapelada con periódicos. Estuve a punto de abominar de toda la locura que me rodeaba continuamente, pero recordé que iba vestido de Napoleón y no era la indumentaria más oportuna para juzgar la cordura de nadie.

—Éste es Indiana James…

—Ah, ja, ja, sí. Encantado, señor James. He visto tooodas sus películas…

—No es el que hace cine. Éste es otro… —le corrigió Flossie.

—Claaaro que sí, queriiiida, ya me he dado cueeenta… —Para entonces, yo ya había comprobado que nadie acechaba en las

ventanas, y permití que se acercara el *Conejo* Froswarn y me cogiera del brazo y tirara de mí hacia el interior de la mansión—. ¿Y qué tal, amiiigo míiio? ¿Qué tal por Hollywood?

Flossie me miraba frunciendo el ceño, pretendiendo transmitirme algo con eso. Yo le preguntaba qué pasaba con cortos movimientos de cabeza.

—¿Podría preparamos una caipirinha? —pidió Flossie.

—Claro que sí —dijo el Conejo. Y allá fue, dejándonos solos.

—¿No lo encuentras raro? —me preguntó Flossie.

—Muchísimo. Éste lleva corbata.

—\Indy\ Estoy hablando en serio.

—Querida Flossie: desde que llegué a casa de Sovak, no he hecho más que conocer gente demencialmente rara. Me he peleado con esqueletos, gnomos, vampiros… ¡Si hasta yo mismo voy vestido de Napoleón! ¿No te parece raro preguntarme si encuentro algo raro?

Flossie me ignoró. Se acarició la barbilla y frunció el ceño más aún.

Regresó Conejo Froswarn trayendo una bandeja con tres caipirinhas.

—*Senhor* Froswarn… —dijo Flossie—. Estamos buscando a Andy Carballeira. Sé que es un santo y que debe de estar en alguna parte del Brasil…

—Andy Carballeira —dijo el Santón. Y se rió—. Todo el mundo pregunta por Andy Carballeira…

—¿Todo el mundo? —intervine.

—Sí —dijo él, muy feliz—. No hace mucho, ha estado aquí mi amigo Bruno Sovak, preguntando por él…

—¿Y usted qué le ha dicho? —preguntó Flossie, ansiosa.

—Nada —dijo él, inseguro pero sin perder su sonrisa y su expresión soñadora—. Nada…

—¿No le ha dicho nada? ¿Usted no sabe dónde está Andy?

—Sí… —Y se corrigió, de pronto, extrañado—. No… Ahora… Es curioso, pero ahora no recuerdo…

—Vamos, *senhor* Froswarn —dijo Flossie—. Haga un esfuerzo por recordar…

Dije yo:

—Perdone, pero me molesta ir vestido así. ¿Podría conseguirme

un poco de ropa…?

—Naturalmente —exclamó él, muy servicial, aliviado al poder esquivar preguntas demasiado complicadas—. Suba usted mismo al piso de arriba y encontrará mi guardarropía. Coja lo que quiera… Pero no tarde, porque la señorita McCormick es una tentación demasiado poderosa…

—No se preocupe —dije yo.

—Ja, ja, ja —dijo él.

—Ja, ja, ja —dije yo.

Subí corriendo las escaleras. Encontré indicios de que allí había pasado algo raro mucho antes de encontrar el guardarropía. Por debajo de una puerta asomaba un charco de sangre. Al abrirla, me encontré con las dos Señoras-Todo-Terreno. Estaban acribilladas, muertas.

Dije:

—Dioses.

Sovak había estado allí. Y me rendí a la evidencia: No había matado a Froswarn porque no hacía falta. Porque le había aplicado una de sus fórmulas mágicas para volverlo loco. Me asomé al balconcillo desde donde podía ver y oír a Flossie y al Santón Dentón y Leporino.

—Pero de algo habrá hablado con Sovak… —decía ella.

—El caso es… —decía él—. Que no consigo recordarlo. Es extraño…

Volví a las habitaciones, a pensar. Encontré el gran armario de aquel tipo y, al abrirlo, comprobé que resulta muy rentable proporcionar *Santinhos* a la superstición popular que genera la pobreza. Santos que obligan a hacer penitencia, a sufrir con resignación las duras pruebas que nos envía el Señor, santos que gritan contra el *cangaceiro* pero que predican la mansedumbre y la paz, de forma que el *cangaceiro* puede seguir tranquilo y contento, seguro en su riqueza, seguro de que los trabajadores verán en sus sufrimientos una forma de llegar hasta Dios y, por tanto, no harán nada para evitar esos sufrimientos.

—Dioses —dije, más descansado después de este profundo análisis social.

El Conejo Froswarn debía de ser aficionado a la caza. Tenía botas y pantalones de campaña, y hasta un chaleco de cremalleras

de ésos que tanto me gustan, un conjunto de bolsillos más que suficientes para mis pocas pertenencias.

Me vestí todo eso y me reconocí en los espejos.

Cuando volví al salón, Froswarn seguía diciendo que no conseguía recordar nada. Y a mí no se me ocurría ninguna fórmula para hacerle recordar.

—¡Hemos de hacer algo, Indy! —exclamó Flossie, desesperada —. ¿No te das cuenta? ¡Esto quiere decir que Sovak ya ha averiguado dónde está Andy Carballeira, y que ha ido a matarlo, y que nos lleva muchísima ventaja!

Dioses, ¿y qué podía hacer yo?

—Haga un esfuerzo —le pedí a Froswarn.

—Ni por ésas —dijo él.

CAPÍTULO IX

A Flossie se le ocurrió la idea de ir a los barrios bajos, en busca de un brujo que nos desembrujase a nuestro sujeto. Yo opté por hacer un registro en toda la regla, buscando indicios que sirvieran de recordatorio, agendas, puntos de referencia, *algo*. Froswarn colaboró con nosotros en cuanto vio los cadáveres de sus queridas Señoras Todo-Terreno y no consiguió recordar cómo había ocurrido aquel desastre. Le contamos que Bruno Sovak era un fabricante de locos, y de eso sí que se acordó, y le sobrevino el pánico de que el Psiquiatra Loco le hubiera desbaratado el cerebro y se ofreció a nosotros en cuerpo y alma.

A mí me indicó dónde estaba su despacho, me abrió todos los cajones y puso en mis manos hasta sus agendas más personales.

Cuando encontré la referencia al Cometa Halley, una pandilla de negros habían montado un aquelarre en el salón y se retorcían chillando en torno a un Froswarn que, mano sobre mano, les observaba un poco escéptico.

—¿Todavía no nota nada? —le preguntaba Flossie.

—Nada —decía él.

Y una anciana, como quien pasa el rosario, repetía con voz monótona:

—Recuerda —recuerda— recuerda —recuerda— recuerda…

Había muchas referencias al Cometa Halley, claro, porque estábamos en el año 1986, y porque aquel señor se preocupaba de todo lo referido a fenómenos anormales. Tenía a mansalva papeles que hablaban de Ovnis, del Tarot, de Astrología, Quiromancia… Poco a poco (consciente de que estábamos perdiendo demasiado tiempo y que nunca llegaríamos a salvar a Andy Carballeira), comprobé que Froswarn recolectaba todos aquellos datos pura y

exclusivamente para utilizarlos en su tarea de «vender santos» a los *cangaceiros*. Por ejemplo, tenía registrado el paso de una flotilla de Ovnis por toda una zona del Brasil, señalando sobre un mapa cada uno de los pueblos con un circulito. Tenía recortes de periódico diciendo que había personajes en los lindes del Matto Grosso que habían visto «ejércitos de ángeles, volando, en formación de combate, para luchar contra el Dragón».

A juzgar por la cantidad de datos que reunía en cada caso, los hacendados debían de ser muy exigentes en su compra de santos y fenómenos milagrosos. Seguramente Froswarn les cobraba mucho porque acompañaba sus productos de tal cantidad de pruebas y notas biográficas que hubieran resistido el análisis del más pertinaz caza-fantasmas.

La obtención del árbol genealógico de Andy Carballeira lo demostraba.

Ése fue el punto de partida de mi razonamiento. Si Froswarn documentaba tanto sus «productos», tenía que haber algún rastro de toda la historia que Andy Carballeira llevaba a sus espaldas.

Busqué…

… Y encontré tanto como quise. Pero en ninguna parte decía a qué lugar de Brasil tenía que ir a parar Andy.

Hasta que, en la hoja de agenda perteneciente al día siguiente, vi las iníciales «A. C.» (que yo ya sabía que se referían a Andy Carballeira) unidas por una flecha a una sola inicial. «H».

«H» significaba «Halley».

Me precipité sobre las notas que aludían al Cometa. Dioses, había un trabajo terriblemente exhaustivo que describía en qué lugares, qué días y a qué horas podría verse el Halley en toda su nitidez.

Por todos los dioses, de pronto todo cuadró. Busqué los datos correspondientes al día siguiente en Brasil y tropecé con que, a las diez treinta de la noche siguiente, el Cometa Halley se vería limpiamente en el cielo sobre un pueblo o una ciudad llamado *Cruz*. Un parte meteorológico indicaba un ochenta por ciento de posibilidades de que no hubiera ni una nube en aquel momento.

Con los papeles en la mano, salí corriendo en dirección a la sala.

En el preciso instante en que llegaba yo, Froswarn tenía los ojos cerrados, como aburrido de todo aquel ceremonial, y la viejecita

que había estado canturreando de forma monótona «Recuerda-recuerda-recuerda-recuerda» se puso en pie de un salto, se encaró con Froswarn y aulló con toda la fuerza de sus pulmones:

—*¡¡Recuerdaaa!!*

Froswarn dio un respingo y tuvo un sobresalto espasmódico. En realidad, todos dimos un respingo y nos sobresaltamos. Sobre todo, cuando le oímos decir, claramente:

—¡Andy Carballeira es el *santinho* del pueblo de Cruz! ¡Mañana saldrá y hablará a todos los fieles, y una estrella lo señalará!

—¿Has oído eso, Indy? —preguntó Flossie, muy ilusionada.

Froswarn cayó al suelo de bruces, como una estatua inerte. Corrimos en su ayuda. Le pusimos boca arriba, le desabrochamos el botón superior de la camisa y le aflojamos la corbata.

Mientras tanto, Flossie me comentaba alborozada que ya podríamos salvar a Andy, y los negros de la macumba se estaban largando a toda velocidad.

—¿Te das cuenta? Sovak y los suyos no tendrán oportunidad de matarle hasta mañana a las diez de la noche, porque entretanto todos los fieles lo estarán protegiendo y hasta esa hora no se expondrá al público. Tenemos tiempo más que suficiente para llegar a ese pueblo, esté donde esté, e impedir que le maten…

—Flossie —dije yo, simplemente, para interrumpir su perorata.

Y ella se calló, al darse cuenta de lo que yo acababa de descubrir y de por qué se habían ido los negros de la macumba. La magia de Iemanyá y los suyos habían tenido que sostener una dura lucha en el corazón de Froswarn contra la magia de Bruno Sovak, el Psiquiatra Loco. Y el corazón de Froswarn no lo había soportado.

Estaba muerto.

—Bueno —dijo Flossie, poniéndose en pie con absoluta indiferencia—. Habrá que buscar un mapa para llegar a ese maldito pueblo, ¿no?

—Y un medio de transporte —sugerí yo.

Porque el piloto del helicóptero, ávido de juerga, se había largado con su aparato.

—Oh, eso es lo de menos —murmuró Flossie. Fue a un teléfono, descolgó, marcó un número y dijo—: ¿Knevel? Ven pronto, amor…

Me pregunté si, mientras el Bigotes de Morsa llegaba, yo podría llevar a cabo lo que venía planeando desde que conocí a Flossie

McCormick.

—Está bien, Flossie… —dije. Estaba hermosísima y descocada con su traje de Cleopatra—. Ya ves que te he servido una buena aventura…

—No sabes cuánto te lo agradezco —murmuró, seductora. Empecé a rodear su cuello con mis brazos, preparando el beso. Casi me suplicó—: Salvaremos a Andy Carballeira, ¿verdad?

—Claro que sí… —la tranquilicé.

Nos interrumpió el estrépito de un helicóptero que aterrizaba en el jardín. Lo conducía Bigotes de Morsa.

—¡Vamos! —dijo Flossie, tirando de mí.

—¿Por qué no recurriste a tu amigo Knevel cuando antes necesitamos un helicóptero? —le pregunté, francamente interesado.

—Porque Knevel es uno de los hombres de confianza de Bruno Sovak —me contó ella—. No podíamos exponernos a que le vieran cuando nos salvaba de su propio jefe. Ahora, en cambio, es otra cosa. —Y añadió—: Además, hasta hace poco, había tenido que acompañar a Sovak a no sé dónde…

—¿A no sé dónde? —pregunté, mientras montábamos en el helicóptero, teniendo una especie de intuición.

—Sí —dijo Flossie—. ¿Dónde has llevado a Bruno Sovak?

—A un pueblo llamado Cruz —dijo Bigotes de Morsa, indiferente—. Parece ser que mañana se aparecerá allí un santo llamado Carballeira.

Flossie y yo nos miramos.

A veces, las cosas son mucho más sencillas de lo que parecen.

CAPÍTULO X

El pueblo de Cruz era una pequeña agrupación de casas de adobe, tan pobrísimas que no podían estar destartaladas, porque no había nada que destartalar. Limitaba al Este con cientos y cientos de hectáreas de un bosque muy tupido que llegaba hasta el mar; al Oeste, con otra infinidad de hectáreas de *sertáo,* propiedad sin duda del rico hacendado cuya inmensa mansión, algo más pequeña que el Palacio de Buckingham, quedaba al Norte. Era evidente que aquella pobre gente del pueblo no podían trabajar para nadie más que para él y, además, no como empleados fijos, sino como peones ocasionales.

Al sur del pueblo, vislumbramos nuestro objetivo: En lo alto de una pequeña colina, había una cruz gigantesca, que sin duda daba nombre al pueblo, y una iglesia colonial, especie de convento en miniatura, con claustro porticado y todo.

Era de noche.

Faltaban pocos minutos para que el *Santinho* se diera a conocer a sus fieles.

El montaje era perfecto: Unos potentes focos iluminaban la fachada de la iglesia, concretamente un balcón al que se asomaría nuestro amigo Carballeira. En torno a la iglesia, como yo había previsto, había un grupo de hombres armados, protegiendo al santo. Al oír el helicóptero, nos miraron con recelo.

Una larga procesión de portadores de cirios encendidos subía desde el pueblo hacia lo alto de la colina. En vuelo rasante, distinguimos sus cánticos. Algunos iban de rodillas y con los brazos en cruz. Otros, portaban grandes piedras que los aplastaban con su peso.

No había tiempo que perder.

En el helicóptero donde viajábamos había focos, cuerdas y un megáfono. Encendimos los focos para demostrar que íbamos a pecho descubierto, en son de paz, y utilizamos el megáfono para que no quedará la menor duda.

—¡Somos amigos de Andy Carballeira! —grité yo—. ¡Tenemos que hablar con él!

—¿Puedes aterrizar en el patio de la iglesia? —preguntaba Flossie a Bigotes de Morsa.

—Creo que sí —contestó él.

Tres hombres nos encañonaban con sus fusiles. Todos llevaban sombreros de ancha ala y barba de varios días.

Cuando pude saltar al suelo, les grité:

—¡Quieren matar a Carballeira! ¡Quieren matarlo…!

—¡Váyanse! —dijo uno de los tipos.

Y los otros corearon:

—¡Sí, váyanse! ¡Váyanse!

Podían liarse a disparar de un momento a otro.

—¡Les digo que quieren matar a Carballeira, maldita sea! ¿Es que no lo entienden?

—¡Váyanse!

Salté, desvié dos fusiles y golpeé. Cayeron dos. Cuando el tercero iba a encañonarme, le di con la culata de un «Winchester» que me había quedado entre las manos.

—¡Soy Indianaaaa! —grité—. ¡Indiana está aquííiii!

Me iban a matar. Yo estaba a la luz de los focos y seguro que había cien fusiles apuntándome desde las tinieblas de los claustros.

—¡Quietos! ¡No disparéis! —dijo una voz conocida.

Y Andy vino corriendo hacia mí, sonriendo muy ilusionado, con los brazos abiertos.

—¡Mi amigo Indiana…! —dijo en castellano.

Nos abrazamos. Luego, él abrazó a Flossie. Detrás de él, junto con hombres armados, venía un hombre alto, apuesto, canoso y con cara de asco. Vestía elegantemente traje color tabaco, camisa con chorreras desabrochada para dejar ver la pelambrera del pecho y una cruz de oro muy ostentosa. Mientras Andy abrazaba a Flossie, aquel hombre y yo nos miramos a los ojos y nos odiamos con todas nuestras fuerzas.

Aquél era el hombre que había comprado a Andy Carballeira, y

no se fiaba de mí.

—Van a matar a Andy Carballeira… —empecé a decir.

Y en los ojos del hacendado hubo un fulgor peligroso. Antes de que yo pudiera darle un significado a ese fulgor, Andy ya volvía a estar conmigo, muy ilusionado.

—¡Nunca me habían tratado tan bien…! —nos decía. Vestía una túnica blanca y llevaba adornos de oro y flores en el pelo. Se le veía bien, sí. Más sano que cuando formaba parte de la tripulación del *Craenhals*—. Amigo Indiana… Cuando me secuestraron allí, en Reijkiavick, tuve miedo, ¿sabes? Pero, luego, el Santo Froswarn resultó que era bueno, y me cuidó. El me salvó de los Señores del Mal que querían matarme. Indiana, Flossie… De verdad que nunca había estado tan bien… —Bajó la voz y susurró, con aire travieso—: Se creen que soy un santo…

—Pero no lo eres, Andy —dije yo.

—Claro que no, pero ellos se lo creen, y por eso me cuidan, y me dan bien de comer, y me hacen feliz. Hasta con muchachitas vírgenes puedo acostarme, si quiero, y ellas lo consideran un honor, y sus familias me regalan cosas…

—Andy: te quieren matar —dije.

—Pero esta gente me protege… —Él no dejaba de sonreír. Y no estaba drogado, ni nada. Quizá jamás en su vida había estado tan lúcido.

—No podrán protegerte cuando te asomes a ese balcón…

Intervino el hacendado:

—No le hagas caso, *Santinho*… Siempre estarás protegido, ¿quién puede querer hacerte mal?

Volví a mirarle y vi de nuevo el fulgor.

—Nadie quiere matarme, Indy… —dijo Andy Carballeira—. Todos me aman… —Yo iba a replicar y él dijo—: Vete… Ve a ver el espectáculo…

—Pero, Andy… —Trató de decir Flossie.

—Marchaos… —Comprendí lo que quería decir. Comprendí que no le importaba estar en peligro de muerte con tal de no renunciar a ser el *Santo* de Cruz. Nadie había dicho nada, pero él se adelantaba replicando con los ojos: «No pienso irme con vosotros, no pienso renunciar a todos los homenajes que me están haciendo aquí, no quiero volver a ser el marino desgraciado de un barco que

iba al Polo Norte»—. Marchaos, por favor. Y gracias.

Flossie y yo miramos alrededor. Nos encañonaban demasiados fusiles para intentar hacer algo.

Y miré por tercera vez al hacendado y supe enseguida que él sabía que Andy Carballeira iba a morir. Imaginé con toda claridad que Bruno Sovak se había puesto en contacto con él y le había prevenido de que Andy Carballeira no era un «producto en buenas condiciones». El tratamiento que le habían hecho no había salido del todo bien. Un buen día, podía echarlo todo a rodar. Más valía acabar con él cuanto antes, el mismo día de su manifestación milagrosa. Hacer de él un mártir. Un santo mártir puede ser más eficaz que un santo vivo.

Dije, cargado de sentimiento:

—Volveremos a vemos, *senhor… ¿Setihor…?*

—Antonio Aliberto Da Nosas Aguas.

—Mi nombre es Indiana James. Volveremos a vernos.

—Eso espero —dijo.

Aquello era un desafío a muerte.

Me despedí de Andy Carballeira con un nudo en la garganta. A él y a Flossie les asomaron las lágrimas. Montamos en el helicóptero, nos elevamos. Ya casi era la hora.

Sobrevolamos la iglesia, la Cruz, el pueblo.

Y centelleó bien visible, el Cometa Halley, mientras yo cargaba y ponía a punto el
«M-16»
con ansias de matar.

Y se abrieron las puertas del balcón y salió a la luz de los focos Andy Carballeira, el gallego pequeño y escuchimizado, vestido con túnica, adornado de oro y flores. Los cánticos de sus fieles llegaron hasta nosotros, superando el estrépito del motor. Imaginé que Andy Carballeira nunca había sido tan feliz.

No oímos el disparo. Sólo vimos que Andy Carballeira se desplomaba.

«Adiós, Andy Carballeira».

La fachada de la iglesia apuntaba hacia el Este. Sólo podían haberle disparado desde el bosque.

—Vamos allá —dije. Y monté el
«M-16».

Encendimos los focos y nos pusimos a rastrear la zona. Arboles y más árboles. Las copas estaban tan apiñadas, que a veces nos parecía estar sobrevolando un prado lleno de césped. Nos internamos tanto como pudimos, retrocedimos, volamos de Norte a Sur, de Este a Oeste, y en círculo.

Cuando descubrimos el claro en medio de la vegetación, el helicóptero que en él se escondía ya estaba haciendo funcionar las aspas. Ya oímos su motor.

—¡Ahí están!

Quizá, de no ser por nosotros, aquellos canallas hubieran permanecido más rato escondidos en aquel agujero, posiblemente no se hubieran largado de allí hasta el amanecer. Pero nuestra presencia les había metido la prisa en el cuerpo.

Nuestra presencia y la rociada de balas que les envié como si quisiera aplastarlos a ellos y a su aparato contra el suelo.

Se elevaron ellos, nos apartamos nosotros. Mientras yo recargaba mi «M-16», en la oscuridad del cielo se encendieron unos fogonazos intermitentes, con efecto de traca, y las balas silbaron a nuestro alrededor.

—¡Síguelos! ¡No los pierdas! ¡Síguelos! —grité.

Era el único cargador que me quedaba. Decidí dosificármelo y apuntar bien. Tiro a tiro.

—Enciende el foco, Flossie —pedí—. Seguramente, tratarán de apagarlo a tiros, así que lo encenderás sólo tres segundos. ¿De acuerdo? Contaremos juntos. ¿Preparada? —Me encaré el «M-16», apuntalándome en el marco de la puerta. La vibración del helicóptero se me metía en los pulmones. El viento me helaba el rostro. El vértigo de mil metros bajo mis pies me endurecía los músculos. Dije—: Acércate a ellos tanto como puedas, Knevel… —Y, en seguida—. *¡Ya, Flossie!*

Se encendió el foco y contamos con Flossie «*¡Uno!*», mientras descubríamos que el helicóptero enemigo estaba más atrás y más bajo de lo que esperábamos, y contamos «*¡Dos!*» mientras yo los enfilaba, e intuía movimientos precipitados en el interior, y alguien se asomaba con un fusil, y contamos «*¡Tres!*» y disparé, y vi caer al

tipo al vacío. Al tipo y al arma. Me pregunté si tendrían más armas mientras Flossie apagaba el foco y volvíamos a nuestra persecución en la oscuridad.

Sólo la mínima luz de los paneles de mandos y los pilotos rojos y verdes nos servían de referencia.

—¿Sólo tenemos un foco? —pregunté.

—No. Aquí hay otro —dijo Flossie.

—Perfecto. Entonces, vamos a ponerlos a prueba. Enciende el foco, y déjalo encendido, y échate al suelo. Que gasten balas, si tienen. —Me dirigí al Bigotes de Morsa—: Tú prepárate para elevarte en cuanto te disparen… Si es que te disparan…

Volvimos a sincronizar nuestros movimientos. Me encaré el fusil ametrallador. «¿Listos?». «Ya».

Flossie encendió el foco y el helicóptero enemigo apareció ante nuestros ojos tan claro y evidente como una diana en un barracón de feria. Esperé unos segundos, para ver si nos disparaban. Nada. Sólo trataban de huir. Viraban hacia la izquierda…

—*¡Síguelos!* —grité. Me importaba un bledo que fueran desarmados. No iba a permitir que aquel maldito canalla torturador escapase.

Pude disparar a menos de diez metros. Agoté el cargador disfrutando de cada uno de los agujeros que se abrían en la carrocería del aparato enemigo, de cada uno de los cristales que se rompían, de cada bandazo que daba aquel helicóptero.

Y esperé a verlo caer, estrellarse en medio de una llamarada de combustible encendido.

Pero no pasó nada de eso.

El helicóptero de Bruno Sovak siguió su trayectoria. Maldita sea, y yo me había quedado sin balas. Yo repetía sin cesar, como un poseso: «¡Síguelo, Knevel, síguelo, síguelo!».

Me había quedado sin balas, ¿qué más podía hacer, aparte de seguirlos? ¿Qué más podía hacer?

Pensé: «Meterme en su helicóptero, para acabar con ellos». Cogí la cuerda, comprobé que era lo bastante larga y le conté a Flossie el plan que había estado pergeñando inconscientemente.

—¡Es una locura! —dijo ella.

Y le di la razón, pero no era la primera ni la última locura que cometería en mi vida, así que le di las últimas instrucciones y fijé

firmemente la cuerda para descolgarme hasta el helicóptero de Bruno Sovak.

En el último momento, ella me detuvo.

—Indy… —dijo—. Gracias por esta aventura que me has dejado compartir contigo… —Yo no sabía cómo decirle que había sido ella la auténtica protagonista de la aventura—. Pero falta algo que sea perfecta del todo…

Yo sabía a qué se refería. Y lo deseaba con todas mis fuerzas. Pero no disponía de tiempo.

—Eso se hace al final, Flossie —dije—. Después de acabar con los malos. Nos encontraremos en Río de Janeiro y haremos el amor tantas veces como quieras.

Nos besamos, en concepto de adelanto de lo que seguiría más adelante. Nos besamos apasionadamente. Si aquello solo era un diez por ciento de lo que iba a ocurrir en la cama, no cabía duda de que sería la historia de amor más enloquecedora desde que Adán mordió la manzana.

—Hasta pronto —dije, un poco mareado, y me descolgué por la puerta.

Siguiendo mis instrucciones, Knevel «Bigotes de Morsa» puso el helicóptero sobre el de Bruno Sovak, y Flossie encendió el potente foco, dándome tanta luz cómo fue posible para mi arriesgado número de circo.

Bajo mis pies, las aspas del helicóptero enemigo eran como cuchillas dispuestas a despedazarme en cuanto me resbalaran las manos por la cuerda. Es una de las muchas ocasiones en que he pensado que estoy rematadamente loco y en que me encomiendo a mi hada madrina *Lady* Suerte.

Empecé a columpiarme. Cada vez con más fuerza, cada vez con más fuerza, atrás y adelante, atrás y adelante, empecé a girar sobre mí mismo y no tenía ni idea de cómo parar.

Atrás y adelante, atrás y adelante, hasta que cada golpe de péndulo casi me hacía recorrer ciento ochenta grados, media circunferencia, atrás y adelante…

Atrás… y en mí balanceo casi me puse a la altura del helicóptero que conducía Knevel… Y en ese preciso instante Knevel bajó… Y yo ya iba adelante, por debajo de las hélices del otro aparato, y su puerta se abría ante mí, como una boca negra, y al meterme bajo

las aspas, éstas cortaron la cuerda que me unía al helicóptero de arriba, y volé.

Por un segundo volé.

La misma inercia del balanceo me llevó directo a la puerta. Dioses, miles de metros bajo mis pies, me agarré adonde pude, me icé, rodé al interior del aparato sintiéndome indefenso ante la muerte.

Tenía heladas las entrañas cuando Bruno Sovak se me echó encima armado de un machete. Maldita sea, no les había acertado, ni a él ni al piloto. Y ahí centelleó el arma blanca, y lo bloqueé el golpe y seguí rodando sobre mí mismo para derribar al que me atacaba, y siguió una pelea sorda, confusa, ciega y a muerte.

Creo que nunca llegué a saber qué cara tenía el malvado Bruno Sovak, torturador de inocentes, mercader de locos. Sé que le hice soltar el machete, que lo levanté en vilo y lo estampé contra la pared. Sé también que era un cobarde que, al perder el arma, se puso a gimotear. Le golpeé dos veces en la cara, una vez en el tórax… Pero él era lo bastante fuerte, o quizás estaba lo bastante desesperado, como para contraatacar, empujarme, hacerme perder el equilibrio y caer sobre el panel de mandos, junto al piloto. Se me vino encima chillando como una mujer:

—*¡Mátalo, Arturo, mátalo, Arturo!* —En castellano.

Arturo creyó que era cosa de un momento. Soltó los mandos y me echó las manos al cuelo. Bruno Sovak se me vino encima y me golpeó en el estómago con los dos puños y toda la fuerza de su cuerpo.

Ciego de dolor y de ira, agarré las manos del piloto y lo derribé encima mío, sin saber lo que hacía, al tiempo que pateaba, alejando a Sovak, alcanzándolo en la cara.

Entonces, el mundo se convirtió en un torbellino. El helicóptero empezó a girar sobre sí mismo como una endiablada atracción de feria, y todos salimos proyectados en cualquier dirección.

Estábamos cayendo. Cayendo en la oscuridad. Bruno Sovak chillaba y el piloto sólo pretendía manotear los mandos, hacer algo para evitar una catástrofe inevitable.

Al tratar de ponerme en pie, perdí el equilibrio, la puerta por donde había entrado tan azarosamente se abrió ante mí y me absorbió, atrayéndome como un imán, y de pronto me vi en el

exterior, rodeado de oscuridad, cayendo, no sé de qué altura, y no sé en qué postura me despedí del mundo.

Cayendo, cayendo, cayendo…

Abajo, no sé por qué, estalló el helicóptero en un relámpago de vivísimo fuego blanco. Eso me permitió ver que había agua. Una gran extensión de agua.

Aún tenía una oportunidad de salvarme. Tenía que ponerme cabeza abajo, extender las manos ante mí, convertirme en una flecha que penetrara en el líquido limpiamente, como los tipos que se lanzan desde los altísimos acantilados.

Lo hice.

Y entré en el agua, sin darme cuenta.

El agua estaba salada. Mucho más salada que aquélla que había tragado, días atrás, en la zona fría del Atlántico, cuando me recogió el *Craenhals*. Y es que, en los Trópicos, hay más evaporación y por tanto el agua está más salada.

Al salir a flote, di las gracias a *Lady* Suerte y me dije que, bueno, que volvemos q estar donde estábamos.

FIN



Los libros de esta colección estaban firmados con el seudónimo de Indiana James, pues se suponía que los escribía el personaje. Detrás de ese seudónimo, en algunos sitios de la Web dicen que se escondía Juan José Sarto, y es cierto, pero no es toda la verdad. Los libros estaban escritos, por así decirlo, a cuatro plumas. Sí, es extraño el caso, y pienso que es algo muy interesante pues no creo que se haya dado este caso en más ocasiones en el mundo del bolsilibro. Cuatro autores, con muchas tablas a sus espaldas, se escondían tras el seudónimo: Juan José Sarto, Francisco Pérez Navarro, Jaime Ribera y Andreu Martín.

Estos cuatro escritores, que ya venían del mundo de la historieta y del TBO, se lo pasaban en grande escribiendo estas locas aventuras. Según Francisco Pérez Navarro, se reunían, hacían una especie de lluvia de ideas, y luego uno redactaba la novela y otro la corregía, y así se iban turnando cada vez. Según me cuenta el propio Andreu Martín, en los comentarios a esta entrada, se reunían siempre en un bar llamado Esterri para idear las aventuras de nuestro querido Indiana James. Las historias enlazaban de un número al siguiente. Las dosis de humor nunca faltaban. En las historias, todo el mundo confundía

a Indiana James con «el de las películas», y él siempre tenía que explicar que no se llamaba Indiana por él, sino porque corrió las 500 millas de Indianápolis. Estos cuatro amigos, se llamaban a sí mismos los Narradores Asociados, y en los otros bolsilibros que publicaban, se ponían seudónimos que empezaban por
N y A,
para hacer honor a este grupo.

Fernando Guijarro, también escribió algunos números de Indiana James, aunque él lo hizo solo, debido a que los otros escritores estaban todos en Barcelona, pero él estaba en Granada. Los números que escribió él:

- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - Judy con esquís en los diamantes.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 36 - Esto no es el cine, chico.
- 37 - ¡Viva Siva!
- 38 - En el nombre de Alá, por zona caliente.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

La serie de Indiana James, se encuadraba dentro de la colección Grandes Aventuras, de Astri. Dicha colección constaba de 54 números, entre los que había 46 números de Indiana James. Jaume Ribera y los otros autores sólo escribieron hasta el número 34 de esta colección; por lo que sigue siendo un misterio quién o quiénes escribieron el resto de números de Indiana James. Hay 8 números que tienen otros protagonistas: Ranko, Cocodrilo *Dandy*, Aniquilator, Brigada Antivicio, Colores de Violencia y Los Intocables de Chicago. Estos bolsilibros con otros protagonistas de la Colección Grandes Aventuras de Astri, fueron escritos por Juan Gallardo Muñoz (Curtis Garland).

Listado de la colección:

- 1 - Hong Kong *rock*.
- 2 - El diente de perro.
- 3 - La maldición de los 1000 siglos.

- 4 - El panteón flotante.
- 5 - En busca de la prehistoria.
- 6 - El tesoro de Gardenfly.
- 7 - Ojo por diente.
- 8 - Locos de atacar.
- 9 - La amenaza invisible.
- 10 - El tren de carretera.
- 11 - Ayer, hoy y mañana.
- 12 - Razones de estado.
- 13 - Un autobús muy… espacial.
- 14 - El filo del aullido.
- 15 - Camelo-T.
- 16 - Séptimo hijo de séptimo hijo.
- 17 - Recuerde el arma dormida.
- 18 - Cosecha negra.
- 19 - Los hijos del átomo.
- 20 - Desafío a las estrellas.
- 21 - El viejo de la montaña.
- 22 - Electra es una cruel amante.
- 23 - Judy con esquís en los diamantes.
- 24 —*Rally* Beirut… ¡Muerte!
- 25 - Vacaciones, malditas vacaciones.
- 26 - Doble… o sencillo.
- 27 - La herencia de Rickenbauer.
- 28 - Siglos bajo el agua.
- 29 - El despertar de la bestia.
- 30 —… Y los sueños, sueños son.
- 31 - Paloma, caballo y rey.
- 32 - Lentas pasan las horas junto al río.
- 33 - Infinitas horas en Le Mans.
- 34 - Aventurero o escritor.
- 35 - Kali no es Kali.
- 36 - Este no es el cine, chico.
- 37 - En el nombre de Ala, por zona caliente.
- 38 - ¡Viva Siva!
- 39 - El engendro.
- 40 - Para acabar con una pesadilla.

- 41 - Duende sobre aguas turbulentas.
- 42 - Las flores del mal.
- 43 - ¡Peste de pasta!
- 44 - Aniquilador.
- 45 - Los intocables de Chicago.
- 46 - Invierno en el infierno.
- 47 - ¡Ranko!
- 48 - Cuestión de principios.
- 49 - Risa de difuntos.
- 50 - Las mil y una dachas.
- 51 - Contra los dioses del odio.
- 52 - El Tesoro del sol naciente.
- 53 - Colores de violencia.
- 54 - Brigada antivicio.

Información extraída de: http://reinosdemiimaginacion.blogspot.com.es/

Notas

[1] Ver «El Diente de Perro», n.º 2 de esta colección. <<

[2] Ver
«CAME
LO-T»,
n.º 15 de esta colección. < <

[3] Ver «El Diente de Perro», n.º 2 de esta colección. < <

[4] Ver «El Tesoro de Gardenfly», n.º 6 de esta colección. <<

[5] Ver «El Filo de un Aullido», n.º 14 de esta colección. < <

[6] Ver «Razones de Estado», n.º 12 de esta colección. < <

[7] Ver «El Tesoro de Gardenfly», n.º 6 de esta colección. < <

[8] Ver «Razones de Estado», n.º 12 de esta colección. < <

[9] Ver «En busca de la Prehistoria», n.º 5 de esta colección. <<

[10] Ver «Ojo por diente», n.º 7 de esta colección. < <